COLECCION UNIVERSAL

N.os 331 y 332

OSCAR WILDE

La importancia de llamarse Ernesto

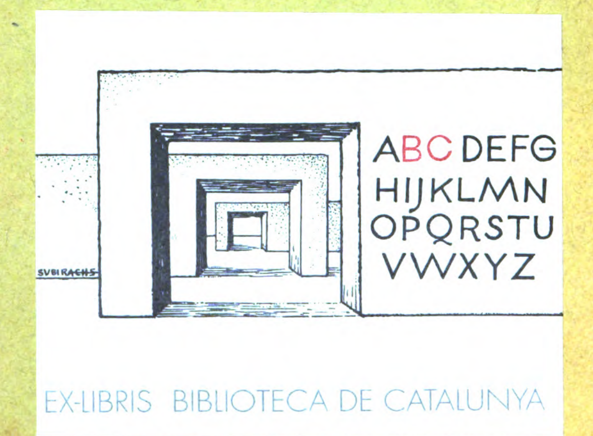
COMEDIA FRÍVOLA PARA GENTE SERIA

EN TRES ACTOS



Precio: Una peseta

MADRID, 1920


ABC DEFG
HIJKLMN
OPQRSTU
VWXYZ
SUBIRACHS
EX-LIBRIS BIBLIOTECA DE CATALUNYA

COLECCIÓN UNIVERSAL

Oscar Wilde

—

LA IMPORTANCIA DE LLAMARSE ERNESTO

COMEDIA

MCMXX





Papel fabricado expresamente por La Papelera Española.

COLECCIÓN UNIVERSAL

OSCAR WILDE

La importancia de llamarse Ernesto

COMEDIA FRÍVOLA PARA GENTE SERIA

EN TRES ACTOS

La traducción del inglés ha sido
hecha por Ricardo Baeza



MADRID, 1920

"Tipográfica Renovación" (C. A.), Larra, 6 y 8.—MADRID.

Seguramente ningún escritor de la segunda mitad del siglo XIX ha logrado una tan vasta popularidad como Oscar Wilde. Traducidas a todos los idiomas, son incontables las ediciones que, de treinta años a la fecha, se llevan publicadas de sus obras. Numerosísimos también los libros, ensayos, artículos, etc., que acerca de ellas se han escrito. El estruendo de su vida, mal conocida por muchos que de ella pretenden hablar, no ha sido completamente ajeno a esta fama universal. Sin pararnos ahora a considerar la catástrofe que en 1895 le internó en la cárcel de Reading, su personalidad singularísima bastó para fijar en él la atención de sus contemporáneos y asegurarle la de la posteridad. Según todos los testimonios, Wilde fué una de las más brillantes individualidades de que se conserva memoria. Conversador sin igual, más de un biógrafo entusiasta afirma que quien no le oyó no puede imaginar hasta qué punto de belleza puede depurarse la palabra humana. Sus obras, al decir de otros, son sólo un pálido reflejo de sus divagaciones verbales. Esto en loa del hombre, y no en mengua de la obra, que, sin ser una de las capitales en la historia literaria, guarda un acento personalísimo y una gracia intelectual, en su mezcla de ingenio y emo-

ción, de ironía y lirismo, que, lejos de disminuir, parece acrisolarse con el correr de los años.

La celebridad de Wilde se inició ya en sus comienzos con el libro de Poemas, *y culminó con sus comedias, que obtuvieron un éxito sin precedentes en la escena inglesa, y que aun figuran en el repertorio de casi todos los buenos teatros del género europeos. Teatro de sociedad, ágil, epigramático, desbordante de ingenio, íntimamente emparentado con Sheridan, y más aún con William Congreve.*

Oscar Fingal O'Flahertie Wills Wilde nació en Dublín el 16 de octubre de 1854 y murió en París el 30 de noviembre de 1900. Publicó los siguientes libros: Rávena, *poema, 1878;* Vera, *drama, 1880;* Poemas, *1881;* La duquesa de Padua, *drama, 1883;* El príncipe feliz, y otros cuentos, *1888;* El retrato de Dorian Gray, *novela, 1891;* Intenciones, *ensayos, 1891;* El crimen de lord Arturo Savile, y otros cuentos, *1891;* La Casa de las Granadas, *cuentos, 1891;* Salomé, *drama en un acto, escrito en francés, 1893, estrenado en París en 1896;* El abanico de lady Windermere (1), *comedia en cuatro actos, 1893, estrenada en el St. James's Theatre, de Londres, el 20 de febrero de 1892;* La Esfinge, *poema, 1894;* Una mujer sin importancia, *comedia en cuatro actos, 1894, estrenada en el Haymarket Theatre, de Londres, el 19 de abril de 1893;* El alma del hombre bajo el socialismo, *1895;* La

(1) Puede leerse en los números 287 y 288 de la *Colección Universal* CALPE.



balada de la cárcel de Reading, *1898;* La importancia de ser formal, *comedia en tres actos, 1899, estrenada en el St. James's Theatre, de Londres, el 14 de febrero de 1895;* Un marido ideal, *comedia en cuatro actos, 1899, estrenada en el Theatre Royal, Haymarket, de Londres, el 3 de enero de 1895;* De profundis, *1905—publicado por Robert Ross—.*

La presente traducción, hecha con un fin esencialmente escénico, fué estrenada por la compañía "Atenea" *en el teatro de la Princesa, de Madrid, el 3 de octubre de 1919. El título en inglés reza:* The importance of being earnest. *Esta última palabra, que quiere decir* formal, *suena igual que* Ernest, *y sobre este equívoco fonético juega el título. En la imposibilidad de encontrar su equivalencia en castellano, se ha preferido el que le damos. El lector verá que, realmente, es tan importante en la comedia el llamarse Ernesto como el ser verídico. Para facilitar el trabajo de los actores españoles, por regla general poco duchos en pronunciación británica, se han substituído algunos nombres de los personajes por otros más asequibles. Así,* Gresford *es en el original* Worthing; Archibaldo, Algernon; *el canónigo* Ascot, Chasuble; Anselmo, Merriman; Esteban, Lane; Susana, Gwendolen, *y* Cecilia Morris, Cecilia Cardew.

LA IMPORTANCIA
DE
LLAMARSE ERNESTO

PERSONAJES

JUAN GRESFORD.
ARCHIBALDO MONCRIEFF.
EL REVERENDO CANONIGO ASCOT.
ANSELMO, *mayordomo.*
ESTEBAN, *criado.*

LADY BRACKNELL.
SUSANA.
CECILIA.
MISS PRISM, *institutriz.*

ACTO PRIMERO. — Un saloncito en casa de Archibaldo Moncrieff, Half-Moon Street, Londres (W.).
ACTO SEGUNDO.—Jardín de la quinta de Juan Gresford, Woolton.
ACTO TERCERO.—Saloncito en casa de Juan Gresford.

Epoca, actual.

ACTO PRIMERO

Un saloncito en casa de Archibaldo, amueblado lujosa y artísticamente. Oyese un piano, dentro. Esteban, arreglando todo para el te en una mesita, y, después que cesa la música, Archibaldo.

ARCHIBALDO

¿Oíste lo que estaba tocando, Esteban?

ESTEBAN

No me pareció correcto escuchar, señorito.

ARCHIBALDO

Lo siento por ti. No es que yo tenga mucha ejecución, no—eso está al alcance de todo el mundo—; pero, en cambio, toco con una expresión... Sí, mi fuerte en el piano es el sentimiento. La ciencia la guardo para la vida.

ESTEBAN

Sí, señorito.

ARCHIBALDO

Y ya que hablamos de la ciencia de la vida, ¿te has acordado de preparar los *sandwichs* de pepino para lady Bracknell?

ESTEBAN. *(Presentándole una fuente.)*

Sí, señorito.

ARCHIBALDO

(Inspeccionándola, coge dos y se sienta en el sofá.)

¡Ah!... A propósito, Esteban: he visto en tu agenda que el jueves por la noche, cuando vinieron a cenar lord Shoreman y míster Gresford, se consumieron ocho botellas de *champagne*.

ESTEBAN

Sí, señorito; ocho botellas y media.

ARCHIBALDO

¿Por qué será que en todas las casas de solteros son tan aficionados al *champagne* los criados? Lo pregunto solamente a título de curiosidad.

ESTEBAN

Yo lo atribuyo a la buena calidad del vino, señorito. He observado una porción de veces que en casa de los hombres casados raramente es de primera el *champagne*.

ARCHIBALDO

¡Caramba! ¿Tan desmoralizador es el matrimonio?

ESTEBAN

A mí me parece un estado muy agradable, señorito. Claro que yo, hasta el presente, apenas lo he experimentado. No he estado casado más que una vez. Fué de resultas de una equivocación que tuvimos una joven y yo...

ARCHIBALDO. *(Displicentemente.)*

No creo que me interese gran cosa tu vida doméstica, Esteban.

ESTEBAN

Verdad, señorito. No tiene nada de interesante. Yo nunca pienso en ella.

ARCHIBALDO

Es natural. Bueno, Esteban; puedes retirarte. *(Esteban saluda y sale.)* Las ideas de Esteban sobre el matrimonio me parecen un tanto relajadas. Y, realmente, si las clases inferiores no nos dan un buen ejemplo, ¿para qué demonios sirven? Lo que es como clase, me parece que no tienen el menor sentido de responsabilidad moral.

(Entra Esteban.)

ESTEBAN

¡Míster Ernesto Gresford!

(Entra Gresford. Sale Esteban.)

ARCHIBALDO

¿Cómo te va, querido Ernesto? ¿Qué te trae a Londres?

GRESFORD

¡Oh, nada; el divertirme un poco! Lo que trae a todo el mundo. Siempre comiendo, ¿eh?

ARCHIBALDO. *(Con cierta sequedad.)*

Me parece que es costumbre en la buena sociedad comer algo a las cinco. ¿Dónde has estado desde el jueves?

GRESFORD. *(Sentándose en el sofá.)*

En el campo.

ARCHIBALDO

¿Y qué diablos haces allí?

GRESFORD. *(Quitándose los guantes.)*

Cuando uno está en Londres, se divierte. Cuando está en el campo, divierte a los demás. Una cosa bastante aburrida, te lo aseguro.

ARCHIBALDO

¿Y qué gente es ésa a quien diviertes?

GRESFORD. *(Con un gesto de indiferencia.)*

¡Oh, vecinos, vecinos!

ARCHIBALDO

¿Y has encontrado vecinos agradables?

GRESFORD

¡Lamentables! No me trato con ninguno.

ARCHIBALDO

¡Pues sí que debes divertirles! *(Levantándose y cogiendo otro* sandwich.) A propósito: ¿tu finca está en Shropshire, verdad?

GRESFORD

¿Cómo en Shropshire? ¡Ah, sí, sí! ¡Naturalmente! Pero, oye, ¿por qué todas esas tazas? ¿Y esos *sandwichs* de pepino? ¿A qué tanto derroche? ¡Qué barbaridad! ¿A quién esperas para el te?

ARCHIBALDO

Pues, simplemente, a mi tía Augusta y a Susana.

GRESFORD

¡Hombre, magnífico!

ARCHIBALDO

Sí, tódo lo magnífico que quieras; pero me temo que a tía Augusta no le agrade demasiado tu presencia.

GRESFORD

¿Y por qué no le va a agradar?

ARCHIBALDO

Hijo, tu manera de hacer el amor a Susana es calamitosa. Casi tan calamitosa como la manera que tiene Susana de hacerte el amor a ti.

GRESFORD

Estoy enamorado de Susana. He venido a Londres expresamente para declararme a ella.

ARCHIBALDO

¿No me dijiste que habías venido a divertirte? ¡Eso es venir a negocios!

GRESFORD

¡Cuidado que eres prosaico!

ARCHIBALDO

No veo que el declararse tenga nada de romántico. El estar enamorado sí que es romántico; extraordinariamente romántico. ¡Pero el declararse! ¿No has pensado en que pueden decirle a uno que sí? Y casi siempre se lo dicen. Y entonces, ¡adiós interés! La esencia misma del romanticismo es la incertidumbre. Lo que es si alguna vez me caso, haré todo lo posible por olvidarlo.

GRESFORD

No lo dudo. El divorcio se inventó precisamente para las personas de memoria tan flaca.

ARCHIBALDO

Bueno; ¿a qué discutirlo? Los divorcios se hacen en el cielo... *(Gresford alarga la mano para coger un* sandwich. *Archibaldo interviene en seguida.)* No, no; ten la bondad de no tocar los *sandwichs* de pepino. Los han preparado especialmente para tía Augusta. *(Coge uno y se lo come.)*

GRESFORD

¡Pues tú bien te los comes!

ARCHIBALDO

¡Ah, es muy distinto! Es mi tía. *(Ofreciéndole otra fuente.)* Toma, aquí tienes pan con mante-

quilla. El pan con mantequilla es para Susana. Susana es aficionadísima al pan con mantequilla.

GRESFORD

(Acercándose a la mesa y sirviéndose él mismo.) Y le alabo el gusto.

ARCHIBALDO

Sí, pero no vayas a comértelo todo. ¿Sabes que parece como si ya estuvierais casados? Y todavía no lo estáis; ni lo estaréis nunca, probablemente.

GRESFORD

¿Por qué lo dices?

ARCHIBALDO

¡Caramba! En primer lugar, las muchachas no se casan nunca con el hombre con quien flirtean. No lo encuentran decoroso.

GRESFORD

¡Valiente tontería!

ARCHIBALDO

No hay tal. Es una verdad de a folio. Esto explica la abundancia de solteros que se ven en to-

das partes. En segundo lugar, yo no doy mi consentimiento.

GRESFORD

¿Tu consentimiento?

ARCHIBALDO

Querido Ernesto, Susana es prima hermana mía. Y antes de consentir en tu casamiento con ella tienes que ponerme en claro la cuestión de Cecilia. *(Llama al timbre.)*

GRESFORD

¿De Cecilia? ¿Qué quieres decir? ¿Qué significa eso de Cecilia, Archibaldo? No conozco a nadie que se llame Cecilia.

(Entra Esteban.)

ARCHIBALDO

Trae la pitillera que míster Gresford se dejó olvidada la otra noche en el *fumoir*.

ESTEBAN

En seguida, señorito. *(Sale.)*

GRESFORD

¿Eso quiere decir que has tenido mi pitillera todo este tiempo sin decirme una palabra? Bien

podías haberme avisado. Me habrías ahorrado unas cuantas cartas furibundas a la Dirección de Seguridad. Como que ya estaba a punto de ofrecer una crecida gratificación.

ARCHIBALDO

¡Hombre, haberlo hecho! Precisamente me encuentro casi en seco.

GRESFORD

Sí; pero una vez encontrada, ya no tiene objeto.

(Entra Esteban con la pitillera sobre una bandeja. Archibaldo se apodera de ella inmediatamente. Sale Esteban.)

ARCHIBALDO

No te ocultaré, querido Ernesto, que me parece una roñosidad indigna de ti. *(Abriendo la pitillera y examinándola.)* Por otra parte, lo mismo da; pues ahora que veo la inscripción que hay aquí dentro, caigo en la cuenta de que este objeto no te pertenece.

GRESFORD

¿Cómo que no me pertenece? *(Dirigiéndose hacia él.)* Tú me lo has visto en las manos un sinfín de veces, y no tienes el menor derecho a leer lo que hay escrito dentro. Es indigno de un caballero leer una pitillera privada.

ARCHIBALDO

¡Bah, bah! Lo absurdo es tener una regla fija sobre lo que debe y no debe leerse. Más de la mitad de la cultura moderna depende de lo que no debería leerse.

GRESFORD

Ya lo sé, y no entra en mis intenciones discutir sobre la cultura moderna. No es un tema para hablar en la intimidad. Lo único que necesito es mi pitillera.

ARCHIBALDO

Sí; pero esta pitillera no es tuya. Esta pitillera es de alguien que se llama Cecilia, y tú me has dicho que no conoces a nadie de ese nombre.

GRESFORD

Bueno; pues ya que te empeñas, te diré que esa Cecilia es una tía mía.

ARCHIBALDO

¡Una tía tuya!

GRESFORD

Sí... Y una señora encantadora... Vive en Tunbridge Wells... Ahora, ten la bondad de devolverme esa pitillera.

ARCHIBALDO

(Batiéndose en retirada hasta parapetarse detrás del sofá.)

Pero ¿por qué se llama a sí misma la pequeña Cecilia, si es tía tuya y vive en Tunbridge Wells? *(Leyendo.)* "Recuerdo de la pequeña Cecilia, con todo su cariño."

GRESFORD

(Dirigiéndose hacia el sofá y arrodillándose en él.)

Bueno; ¿y qué encuentras en ello de particular? ¿Es que todas las tías van a ser grandes? También las hay pequeñas... Tú te figuras que todas las tías tienen que ser como la tuya. ¡Es absurdo! ¡Anda, ten la bondad de devolverme la pitillera! *(Persiguiendo a Archibaldo por la habitación.)*

ARCHIBALDO

Sí. Pero, ¿por qué tu tía te llama aquí tío suyo? "Recuerdo de la pequeña Cecilia, con todo su cariño, a su querido tío Juan." Comprendo que no hay nada que impida a una tía ser pequeña; pero que una tía, sea del tamaño que sea, llame tío a su propio sobrino, es cosa para mí ininteligible. Además, tú no te llamas Juan, sino Ernesto.

GRESFORD

No, señor; yo no me llamo Ernesto; me llamo Juan.

ARCHIBALDO

Tú siempre me has dicho que te llamabas Ernesto. Yo te he presentado a todo el mundo como Ernesto. Tú respondes al nombre de Ernesto. Es completamente absurdo que niegues llamarte Ernesto. En tus tarjetas está. *(Sacando una de su cartera.)* "Ernesto Gresford, Albany, 4". La conservaré como prueba de que tu nombre es Ernesto, si alguna vez tratas de negármelo, a mí, o a Susana, o a quien sea. *(Se guarda la tarjeta en el bolsillo.)*

GRESFORD

Bueno, sea; me llamo Ernesto en Londres y Juan en el campo; y esa pitillera me la regalaron en el campo. ¿Estás ya satisfecho?

ARCHIBALDO

Sí; pero eso no explica lo más mínimo que tu pequeña tía Cecilia, que vive en Tunbridge Wells, te llame querido tío. Créeme: harías mucho mejor en desembucharlo todo de una vez.

GRESFORD

¡Querido, estás hablando como un sacamuelas, cosa vulgarísima cuando no se es un sacamuelas! Te aseguro que causa mala impresión.

ARCHIBALDO

Como la causan siempre los sacamuelas. Pero, te lo repito: harías bien en confesarme la verdad. Te advierto que hace ya tiempo que abrigaba la sospecha de que eras un consumado bunburysta en secreto; y ahora no me cabe la menor duda.

GRESFORD

¿Un bunburysta? ¿Qué demonios quieres decir con eso de bunburysta?

ARCHIBALDO

Te revelaré el sentido de esa incomparable expresión, en cuanto tengas la bondad de explicarme por qué te llamas Ernesto en Londres y Juan en el campo.

GRESFORD

Bueno; pero dame antes la pitillera.

ARCHIBALDO

Aquí la tienes. *(Entregándosela.)* Ahora, venga la explicación; y procura que sea inverosímil. *(Se sienta en el sofá.)*

GRESFORD

Hijo mío, mi explicación no tiene nada de inverosímil. No puede ser más sencilla. El difunto

míster Thomas Morris me adoptó cuando yo era un niño, y me nombró en su testamento tutor de su nieta Cecilia. Esta, que por motivos de respeto, que tú serías incapaz de comprender, me llama tío, vive en el campo, con su admirable institutriz miss Prism.

ARCHIBALDO

¿Sí?... ¿Y en qué sitio viven, si puede saberse?

GRESFORD

Te advierto que no pienso invitarte a que nos hagas una visita... Lo que sí puedo decirte con toda franqueza es que no viven por Shropshire.

ARCHIBALDO

¡Lo sospechaba! En dos ocasiones distintas he bunburyzado todo Shropshire... Pero, continúa. ¿Por qué te llamas Ernesto en Londres y Juan en el campo?

GRESFORD

No sé si tú serás capaz de comprender mis verdaderos motivos. No eres persona bastante seria. Cuando se es tutor no hay más remedio que adoptar una actitud moral severísima. Es un deber imprescindible. Pero como una actitud moral tan estricta no deja de ser un tanto nociva al humor y a la salud, con el fin de poder venir a Lon-

dres sin dar lugar a hablillas, he inventado un hermano menor llamado Ernesto, que vive aquí, y cuyas continuas calaveradas me obligan a intervenir con frecuencia. Esta es la verdad, pura y simple.

ARCHIBALDO

La verdad rara vez es pura y nunca simple. Afortunadamente. La vida moderna sería aburridísima, y la literatura moderna completamente imposible.

GRESFORD

¡Eso iríamos ganando!

ARCHIBALDO

La crítica literaria no es tu fuerte, querido. No te dediques a ella. Hay que dejarla a los analfabetos. ¡Lo hacen tan bien en los periódicos! Tú lo que eres es un bunburysta. Tenía absoluta razón al calificarte de bunburysta. Eres uno de los bunburystas más aprovechados que conozco.

GRESFORD

Pero, ¿qué demonios quieres decir con eso de bunburysta?

ARCHIBALDO

Tú has inventado un hermano menor utilísimo, llamado Ernesto, a fin de poder venir a Lon-

dres cuando se te antoje, ¿verdad? Pues yo, a fin de poder ausentarme de Londres cuando me venga en gana, he inventado un amigo llamado Bunbury, que vive en el campo y está enfermísimo. ¡Ah! Bunbury es un hombre inapreciable. Si no fuese por los continuos achaques de Bunbury, no me sería posible, por ejemplo, cenar contigo esta noche, pues hace más de una semana que le había prometido a tía Augusta cenar hoy con ellos.

GRESFORD

Sí; pero yo no te he invitado a cenar esta noche, que yo sepa.

ARCHIBALDO

Ya lo sé. A ti no se te ocurren nunca esas delicadezas. Y haces mal. No hay nada que moleste tanto a las gentes como el que no se las invite.

GRESFORD

Harías mucho mejor en cenar con tu tía Augusta.

ARCHIBALDO

De ningún modo. En primer lugar, ya cené con ella el lunes, y una vez por semana es más que de sobra para cenar con los parientes. En segundo, siempre que como allí, me tratan realmente como de la familia, y me colocan en el peor sitio de la

mesa, sin ninguna señora al lado, o entre dos, que es casi peor. En tercer lugar, ya sé quién me tocaría de vecina esta noche. Seguramente, Mary Farquhar, que se pasa la comida coqueteando con su marido de un extremo a otro de la mesa. Cosa, como supondrás, nada agradable. Y casi casi me atrevería a decir que poco decente. Sin embargo, parece que la plaga va en aumento. Es escandaloso el número de señoras casadas que coquetean con su marido. No está bien. Eso es como lavar en público la ropa limpia... Además, ahora que sé que eres un bunburysta declarado, deseo hablar contigo de bunburysmo. Quiero enseñarte las reglas.

GRESFORD

Perdona; yo no tengo nada de bunburysta. Si Susana me dice que sí, estoy resuelto a matar a mi hermano. Y aunque me diga que no. Cecilia empieza a interesarse demasiado por él. Y ya empiezo a cansarme del tal Ernesto. Te aconsejo que hagas lo propio con ese..., con ese amigo achacoso de nombre tan absurdo.

ARCHIBALDO

Por nada del mundo romperé yo con Bunbury; y tú mismo, algún día, si llegas a casarte, cosa que me parece sumamente problemática, te alegrarás de conocer a Bunbury. Un hombre que se casa sin conocer a Bunbury está perdido.

GRESFORD

¡Majaderías! Si me caso con una muchacha tan encantadora como Susana—y hasta ahora es la única muchacha que he conocido con quien me casaría—, te aseguro que no necesitaré lo más mínimo conocer a Bunbury.

ARCHIBALDO

Entonces lo necesitará tu mujer. Parece que no comprendes que en la vida conyugal tres es compañía, y dos no.

GRESFORD. *(Sentenciosamente.)*

Esa es la teoría corruptora que el moderno teatro francés ha venido propalando en estos últimos cincuenta años.

ARCHIBALDO

Sí; y cuya verdad han demostrado las buenas familias inglesas en la mitad de ese tiempo.

GRESFORD

¡Por amor de Dios, no quieras ser cínico! Es muy fácil.

ARCHIBALDO

Hoy, hijo mío, no hay nada fácil. Para todo hay competencia, una competencia estúpida. *(Se oye*

sonar un timbre.) ¡Ah! Esa debe de ser tía Augusta. Unicamente los parientes o los acreedores llaman de ese modo wagneriano. Oye, si consigo llevármela de aquí diez minutos, para que puedas declararte a Susana, ¿me convidarás a cenar esta noche?

GRESFORD

Hombre, si te empeñas...

ARCHIBALDO

Sí; pero no vayas luego a faltar a tu palabra. Mira que estas cosas de comida son muy serias.

(Entra Esteban.)

ESTEBAN

Lady Bracknell y miss Susana.

(Archibaldo se adelanta al encuentro de ellas. Entran lady Bracknell y Susana.)

LADY BRACKNELL

Buenas tardes, Archibaldo; espero que continuarás portándote bien.

ARCHIBALDO

Sí, me siento perfectamente, tía Augusta.

LADY BRACKNELL

Que no es lo mismo. Claro es que casi nunca van juntas ambas cosas. *(Advirtiendo la presencia de Gresford, le hace una inclinación de cabeza glacial.)*

ARCHIBALDO. *(A Susana.)*

¡Estás elegantísima, prima!

SUSANA

Como siempre, ¿verdad, míster Gresford?

GRESFORD

Verdad. Es usted perfecta.

SUSANA

¡Ay, no! No me quite usted las esperanzas. Espero todavía progresar en muchos sentidos.

(Susana y Gresford van a sentarse juntos en un rincón.)

LADY BRACKNELL

Siento el retraso, Archibaldo; pero no tuve más remedio que ir a casa de la pobre lady Harbury. Desde que se murió su marido no había ido por allí. En mi vida he visto una mujer tan cambiada; parece veinte años más joven. Ahora, ten la

bondad de darme una taza de te y uno de esos deliciosos *sandwichs* de pepino que me prometiste.

ARCHIBALDO

En seguida, tía Augusta. *(Se dirige a la mesa del te.)*

LADY BRACKNELL

¿Quieres venir a sentarte aquí, Susana?

SUSANA

Gracias, mamá. Estoy aquí perfectamente.

ARCHIBALDO

(Alzando con ademán de espanto la fuente vacía.)

¡Cielos!... ¡Esteban! ¿Dónde están los *sandwichs* de pepino? ¿No te los encargué especialmente?

ESTEBAN. *(Con gran aplomo.)*

No he encontrado pepinos en el mercado esta mañana, señorito. Y eso que fuí dos veces.

ARCHIBALDO

¿Que no encontraste pepinos?

ESTEBAN

No, señorito. Ni siquiera pagando al contado.

ARCHIBALDO

Bien, bien, Esteban. Puedes retirarte. *(Esteban saluda y sale.)* Siento infinito, tía Augusta, que no hubiera pepinos, ni siquiera pagando al contado.

LADY BRACKNELL

No importa. Tomé algunos pastelillos en casa de lady Harbury, y me parece no pensar ya más que en pasarlo lo mejor posible.

ARCHIBALDO

Me han dicho que se le ha puesto el pelo completamente rubio de dolor. *(Alargándole una taza de te.)*

LADY BRACKNELL

Gracias; te he preparado una sorpresa agradable para esta noche, Archibaldo. Pienso colocarte junto a Mary Farquhar. Es una mujer preciosa, ¡y tan enamorada de su marido! Da gusto observarlos.

ARCHIBALDO

Temo, tía Augusta, verme obligado a renunciar al placer de cenar con ustedes esta noche.

LADY BRACKNELL. *(Frunciendo el ceño.)*

Espero que no, Archibaldo. Me estropearías la cena. Tu tío tendría que irse a comer a sus habi-

taciones. Claro que, afortunadamente, ya está acostumbrado.

ARCHIBALDO

Lo siento infinito, tía; puede usted estar segura; pero el caso es que acabo de recibir un telegrama diciéndome que mi pobre amigo Bunbury ha vuelto a recaer y se encuentra gravísimo. (*Cambiando una mirada con Gresford.*) No voy a tener más remedio que ir. ¡Qué se le va a hacer!

LADY BRACKNELL

La verdad es que ese míster Bunbury tiene una salud imposible.

ARCHIBALDO

Sí; el pobre Bunbury es el rigor de las desdichas.

LADY BRACKNELL

Pero me parece que ya es hora de que se decida a ponerse bueno o a morirse de una vez. Esa irresolución es absurda. Ni se debe abusar tanto del prójimo. Te agradecería le suplicases a míster Bunbury de mi parte que tenga la bondad de no ponerse peor el sábado próximo, pues cuento contigo para organizar mi concierto. Es mi última recepción, y necesito algo que anime la conversación, sobre todo ahora que estamos al final de la temporada y ya la gente ha dicho todo lo que tenía que decir, que en la mayor parte de los casos no debía ser mucho.

ARCHIBALDO

Se lo diré a Bunbury, tía Augusta, si es que aun no ha perdido el conocimiento, y creo poder ofrecerle a usted que no tendrá ninguna recaída el sábado. Claro que eso de la música no deja de presentar sus dificultades. Mire usted, si se toca buena música, la gente no escucha, y si se toca música mala, la gente no habla. Pero si quiere usted acompañarme un momento a la habitación de al lado, le enseñaré el programa que se me ha ocurrido, y acabaremos de confeccionarlo.

LADY BRACKNELL

Gracias, Archibaldo, gracias. Piensas en todo. *(Levantándose y siguiendo a Archibaldo.)* Estoy segura de que, en cuanto lo expurguemos un poco, quedará un programa delicioso. Desde luego, nada de canciones francesas. La gente se figura siempre que son inconvenientes, y o se dan por ofendidas, lo que es bastante vulgar, o no paran de reírse, que es todavía peor. En cambio, el alemán suena a idioma respetable; y debe de serlo. Susana, ten la bondad de seguirme.

SUSANA

En seguida, mamá.

(Lady Bracknell y Archibaldo pasan al saloncito de música. Susana se queda rezagada.)

GRESFORD

Qué día tan hermoso, ¿verdad?

SUSANA

¡No irá usted a hablarme del tiempo, míster Gresford! En cuanto una persona me habla del tiempo que hace, estoy segura de que lleva otra intención. Y me pongo nerviosísima.

GRESFORD

Y yo llevo otra intención.

SUSANA

Ya me lo figuraba. Yo nunca me equivoco.

GRESFORD

Y pienso aprovechar la ausencia temporal de lady Bracknell...

SUSANA

Hará usted bien. Mamá tiene un modo de volver a entrar súbitamente, que más de una vez he tenido que llamarle la atención.

GRESFORD

Susana, desde que la vi a usted la admiré más que a ninguna de las mujeres que he conocido desde... que la conocí a usted.

SUSANA

Sí, lo sé. Y ojalá que hubiese estado usted un poco más expresivo; en público, por lo menos. Siempre tuvo usted para mí un atractivo irresistible. Aun sin conocerle estaba usted lejos de serme indiferente. *(Gresford la mira estupefacto.)* Vivimos, como supongo sabrá usted, míster Gresford, en un siglo de ideales. Al menos, así nos lo repiten de continuo los poetas. Pues bien: mi ideal ha sido siempre querer a un hombre que se llamase Ernesto. ¡Ernesto! No sé que tiene este nombre, que me fascina. Desde el momento en que Archibaldo me dijo que tenía un amigo que se llamaba Ernesto, comprendí que estaba destinada a quererle a usted.

GRESFORD

¿Pero realmente me quiere usted?

SUSANA

¡Con pasión!

GRESFORD

¡Amor mío! No sabe usted lo feliz que me hace.

SUSANA

¡Mi Ernesto!

GRESFORD

Pero no querrá usted decir que si mi nombre no fuese Ernesto no podría usted quererme, ¿verdad?

SUSANA

Pero usted se llama Ernesto.

GRESFORD

Sí, lo sé. Pero, suponiendo que no me llamase, ¿no iría usted a dejarme de querer por eso?

SUSANA. *(Con volubilidad.)*

¡Ah!, eso es ya una especulación metafísica, y, como la mayoría de las especulaciones metafísicas, no tiene nada que ver con los hechos de la vida real, tal como los conocemos.

GRESFORD

Pues a mí, querida Susana, a decir verdad, confieso que me tiene sin cuidado llamarme Ernesto... Es más: no creo que el nombre acabe de sentarme.

SUSANA

¿Cómo que no? Le sienta a usted perfectamente. Es un nombre divino. ¡Tiene una música!...

GRESFORD

Pues yo encuentro que hay una porción de nombres mucho más bonitos. Juan, por ejemplo, es un nombre precioso.

SUSANA

¿Juan?... ¡Oh, no!, No tiene la menor música. He conocido varios Juanes, y todos, sin excepción, eran vulgarísimos. No; el único nombre posible es Ernesto. ¡Ernesto!

GRESFORD

Susana, es preciso que vaya a bautizarme inmediatamente..., quiero decir, es preciso que nos casemos inmediatamente.

SUSANA

¿Casarnos, míster Gresford?

GRESFORD. *(Desconcertado.)*

¡Pues, naturalmente!... Usted sabe que la quiero, y también usted me ha dado a entender que no le soy completamente indiferente...

SUSANA

¿Cómo indiferente? ¡Le adoro a usted! Pero usted todavía no se me ha declarado, ni me ha dicho una palabra de casamiento.

GRESFORD

Bueno... ¿Le parece a usted entonces que me declare ahora?

SUSANA

Me parece una ocasión excelente. Y para evitarle toda posible desilusión, míster Gresford, me creo en el deber de confesarle francamente, de antemano, que estoy resuelta á decirle que sí.

GRESFORD

¡Susana!

SUSANA

Ahora puede usted empezar, míster Gresford. *(Un momento de silencio.)* Vamos, ¿no tiene usted nada que decirme?

GRESFORD

Lo que tengo que decirle, usted lo sabe.

SUSANA

Sí; pero usted no lo dice.

GRESFORD. *(Arrodillándose.)*

Susana, ¿quiere usted ser mi mujer?

SUSANA

¡Naturalmente que quiero, Ernesto! ¡Cuidado que ha tardado usted tiempo en decirlo! Me parece que, en cuestión de declaraciones, debe usted de tener muy poca experiencia.

GRESFORD

Usted es la única mujer a quien he querido en el mundo, Susana.

SUSANA

Sí; pero los hombres se declaran muchas veces para practicar. Yo sé que mi hermano Gerardo lo hace. Todas mis amigas me lo han dicho... ¡Qué ojos azules tan maravillosos tiene usted, Ernesto! Son completamente, completamente azules. Espero que siempre me mirará usted así, ¿eh? Sobre todo cuando haya gente delante.

(Entra lady Bracknell.)

LADY BRACKNELL

¡Míster Gresford! ¡Levántese usted, caballero, de esa postura que me atreveré a calificar de indecorosa!

SUSANA

¡Mamá! *(Gresford trata de levantarse; ella se lo impide.)* Te agradeceré que te retires. Este no

es tu sitio. Además, míster Gresford no ha terminado.

LADY BRACKNELL

¿Terminado el qué?

SUSANA

Mamá, míster Gresford y yo tenemos relaciones. *(Ambos se levantan.)*

LADY BRACKNELL

Perdón; tú no tienes relaciones con nadie. Cuando llegue el caso, yo, o tu padre, si su salud se lo permite, nos encargaremos de comunicártelo. Esas son cosas que no se pueden dejar al capricho de las muchachas. El noviazgo debe ser siempre una especie de sorpresa, agradable o desagradable, según las circunstancias... Ahora tengo que hacer unas cuantas preguntas a míster Gresford; de modo que ve a esperarme abajo, en el coche.

SUSANA

(En tono de reproche.) ¡Mamá!

LADY BRACKNELL

¡Al coche he dicho!

(Susana se dirige hacia la puerta. Gresford y ella se tiran besos con la punta de los dedos a espal-

das de lady Bracknell. Esta mira vagamente en torno suyo, como si no pudiera darse cuenta de qué ruido es aquél. Al fin se vuelve hacia ellos.)

¡Al coche, Susana!

SUSANA

Sí, mamá, sí. *(Sale volviendo la cabeza para mirar a Gresford.)*

LADY BRACKNELL. *(Sentándose.)*

Puede usted sentarse, míster Gresford. *(Saca del bolsillo un cuadernito y un lápiz.)*

GRESFORD

Gracias, lady Brancknell; prefiero estar de pie.

LADY BRACKNELL

(Cuadernito y lápiz en mano.)

Debo decirle que no figura usted en mi lista de pretendientes elegibles, y eso que tengo la misma lista que la duquesa de Bolton. Como que puede decirse que trabajamos juntas. Sin embargo, no tengo inconveniente en apuntarle a usted, si sus respuestas son las que una madre que se preocupa de la felicidad de su hija tiene derecho a exigir. Vamos a ver: ¿fuma usted?

GRESFORD

Sí; debo confesar que fumo.

LADY BRACKNELL

Lo celebro. Todos los hombres deben tener alguna ocupación, sea cual sea. Hay demasiada gente ociosa en Londres. ¿Qué edad tiene usted?

GRESFORD

Veintinueve años.

LADY BRACKNELL

Una edad excelente para contraer matrimonio. Yo siempre he sido de opinión de que un hombre que piensa en casarse debería conocerlo todo, o nada. ¿En qué caso está usted?

GRESFORD

(Después de un momento de vacilación.)

Yo... no conozco nada, lady Bracknell.

LADY BRACKNELL

Lo celebro también. ¡No hay nada como la ignorancia natural! Esas teorías modernas sobre la educación son de lo más pernicioso. Claro que la educación no hace muchos estragos, que digamos,

en Inglaterra. Felizmente para las clases altas. Bueno; ¿qué renta tiene usted?

GRESFORD

De siete a ochò mil libras al año.

LADY BRACKNELL

(Tomando nota en su cuadernito.)

¿En tierras, o en títulos?

GRESFORD

En títulos y acciones, principalmente.

LADY BRACKNELL

Eso está bien. La propiedad territorial le da a uno posición y le impide, al mismo tiempo, mantenerse en ella.

GRESFORD

Tengo una casa de campo, con unas tierras anejas a ella; unas novecientas fanegas, creo; pero mi verdadera renta no depende para nada de ellas.

LADY BRACKNELL

¿Una casa de campo? ¿Cuántas alcobas? Bueno; ya pondremos en claro este punto más adelante. Me figuro que también tendrá usted alguna casa propia en Londres, ¿verdad? Ya puede

usted suponer que una muchacha modesta y de gustos sencillos, como Susana, no va a vivir en el campo.

GRESFORD

Sí; también tengo una casa en la plaza de Belgrave; pero la tengo alquilada a lady Bloxham. Claro que puedo disponer de ella, avisándola con seis meses de anticipación.

LADY BRACKNELL

¿Lady Bloxham? No la conozco.

GRESFORD

¡Oh!, sale muy poco. Es una señora muy entrada en años.

LADY BRACKNELL

¡Ah! Hoy día eso no es una garantía de respetabilidad. ¿Qué número de la plaza de Belgrave?

GRESFORD

El 149.

LADY BRACKNELL

(Con un movimiento de cabeza.)

La acera que no está de moda. Me figuré que era algo. Sin embargo, esto podría remediarse fácilmente.

GRESFORD

¿El qué? ¿La moda, o la acera?

LADY BRACKNELL. *(Secamente.)*

Ambas, si es preciso. ¿Qué es usted en política?

GRESFORD

La verdad, no lo sé a punto fijo. Pero supongamos que liberal-demócrata.

LADY BRACKNELL

Bueno; pondremos conservador. Al fin y al cabo, viene a ser lo mismo. Pasemos ahora a detalles de menos importancia. Los padres de usted, ¿viven?

GRESFORD

He perdido a ambos, lady Bracknell.

LADY BRACKNELL

Perder a uno de ellos, míster Gresford, puede pasar por una desgracia; pero perder a los dos, parece realmente una falta de cariño. ¿Qué era su padre de usted? Evidentemente, un hombre de cierta posición. Pero ¿había nacido en lo que los periódicos radicales llaman la púrpura del comercio, o provenía de la aristocracia?

GRESFORD

La verdad es que no lo sé. Dije que había perdido a mis padres, y, realmente, más exacto hubiera sido decir que mis padres me perdieron a mí... A estas fechas, no sé quién soy todavía... En una palabra: fuí..., sí, fuí encontrado...

LADY BRACKNELL

¿Encontrado?

GRESFORD

El difunto míster Thomas Morris, que era muy caritativo y de corazón bondadosísimo, me encontró y me dió el nombre de Gresford, simplemente porque en aquel momento tenía en el bolsillo un billete de primera clase para Gresford.

LADY BRACKNELL

¿Y dónde ese señor tan caritativo, que llevaba en el bolsillo un billete de primera clase para Gresford, le encontró a usted?

GRESFORD. *(Gravemente.)*

¡En una maleta!

LADY BRACKNELL

¿En una maleta?

GRESFORD. *(Con la misma seriedad.)*

Sí, lady Bracknell. En una maleta de cuero negro, bastante grande, con asas... En fin, una maleta corriente.

LADY BRACKNELL

¿Y en qué sitio se encontró míster Morris esa maleta corriente?

GRESFORD

En el guardarropa de la estación Victoria. Se la dieron equivocadamente por la suya.

LADY BRACKNELL

¿En el guardarropa de la estación Victoria?

GRESFORD

Sí, línea de Brighton.

LADY BRACKNELL

La línea es lo de menos, míster Gresford. Le confieso que eso que me dice usted me desconcierta bastante. Nacer, o por lo menos, ser criado en una maleta, con asas o sin ellas, me parece demostrar un tal desprecio de todas las conveniencias de la vida de familia, que hace pensar en los peores excesos de la Revolución francesa. En cuanto al sitio en que fué encontrada la maleta, es muy posible que el guardarropa de una estación ferroviaria sir-

va para ocultar una... indiscreción social, y, probablemente, ya antes de ahora ha servido; pero en modo alguno podría considerarse como una base estable para vivir en la buena sociedad.

GRESFORD

Entonces, ¿qué me aconseja usted? No necesito decirle que estoy dispuesto a todo con tal de hacer la felicidad de Susana.

LADY BRACKNELL

Pues le aconsejo, míster Gresford, que trate de adquirir lo antes posible algunos parientes presentables, y que haga un último esfuerzo para descubrír a su padre o a su madre—con uno basta—antes de que termine la estación.

GRESFORD

Pues no sé cómo me las voy a areglar. Yo, lo que puedo presentar en todo momento es la maleta. Encima de un ropero la tengo. Y me parece que podría usted muy bien darse por satisfecha, lady Bracknell.

LADY BRACKNELL

¿Darme por satisfecha? ¿Qué está usted diciendo? ¡Supongo que no tendrá usted la pretensión de que vayamos a consentir en que nuestra

hija única, educada con el mayor esmero, contraiga matrimonio con un equipaje! ¡Usted lo pase bien, míster Gresford! *(Sale con una majestuosa indignación.)*

GRESFORD

¡A los pies de usted! *(Archibaldo, desde la habitación contigua, empieza a tocar la marcha nupcial.)* ¡Por amor de Dios, ten la bondad de no tocar ese aire fúnebre! ¡Cuidado que eres estúpido! *(Cesa la música y aparece Archibaldo, muy regocijado.)*

ARCHIBALDO

Qué, ¿no salió todo a gusto tuyo, eh? ¿Te dijo que no Susana? ¡Me lo figuraba!

GRESFORD

¡Oh, con Susana todo va como una seda! Su madre es la que es absolutamente insoportable. En mi vida he encontrado una Gorgona semejante. No estoy seguro de cómo son las Gorgonas; pero no me cabe duda de que lady Bracknell es una. Por lo menos es un monstruo, sin ser un mito; lo que no está náda bien... ¡Dispensa, chico, no recordaba que era tu tía!...

ARCHIBALDO

No, no. Si a mí me encanta oír hablar mal de mis parientes. Es lo único que me ayuda a so-

portarlos. Los parientes son un hatajo de gente absurda, que no tiene la más remota idea de cómo se debe vivir, ni el más leve instinto de cuándo deben morirse.

GRESFORD

¡Eso es una tontería!

ARCHIBALDO

¡No lo es!

GRESFORD

Bueno; no vale la pena de discutirlo. *(Pausa corta.)* Oye, Archibaldo, ¿crees que dentro de unos años..., pongamos ciento cincuenta..., Susana se volverá como su madre?

ARCHIBALDO

Todas las mujeres llegan a parecerse a sus madres. Esa es su tragedia.

GRESFORD

Eso debe ser muy agudo, ¿verdad?

ARCHIBALDO

¡Pues sí que lo es! Una frase muy bonita, y una observación muy inteligente.

GRESFORD

Estoy harto de inteligencia. Hoy todo el mundo es inteligente. No puedes ir a ninguna parte sin encontrarte con personas inteligentes. La cosa ha llegado a convertirse en una verdadera calamidad pública. ¡Ojalá tuviésemos aún algunos tontos!

ARCHIBALDO

¡Y los tenemos!

GRESFORD

Me gustaría conocerlos. ¿De qué hablan?

ARCHIBALDO

¿Pues de qué van a hablar? De las personas inteligentes.

GRESFORD

¡Tontos de remate!

ARCHIBALDO

Oye, entre paréntesis: ¿le has dicho a Susana la verdad, que te llamabas Ernesto en Londres y Juan en el campo?

GRESFORD. *(Con aire protector.)*

Hijo mío, la verdad no es cosa para dicha a una muchacha bonita, dulce, bien educada. ¡No

tienes la menor idea de cómo hay que tratar a las mujeres!

ARCHIBALDO

¡Bah!, la única manera de tratar a una mujer es hacerla el amor, si es bonita; o hacérselo a otra mujer, si es fea.

GRESFORD

¡Otra tontería!

ARCHIBALDO

Bueno; tampoco lo vamos a discutir. ¿Y de tu hermano? ¿Qué le has dicho de ese calaverón de Ernesto?

GRESFORD

¡Oh!, antes de fin de semana pienso acabar con él. Diré que ha fallecido en París de una apoplejía. Todos los días se está muriendo gente de apoplejía, ¿verdad?

ARCHIBALDO

Sí; pero la apoplejía es hereditaria. Harías mejor en decir una pulmonía fulminante.

GRESFORD

¿Estás seguro de que las pulmonías fulminantes no son hereditarias?

ARCHIBALDO

¡Segurísimo!

GRESFORD

Bueno; pues mi pobre hermano Ernesto ha fallecido de repente en París a consecuencia de una pulmonía fulminante. ¡Ya estoy libre de él!

ARCHIBALDO

Pero... ¿no dijiste que miss Morris empezaba a interesarse demasiado por tu pobre hermano Ernesto? Va a tener un disgusto.

GRESFORD

¡Bah!, eso no tiene importancia. Cecilia no es una niña romántica. Afortunadamente. Tiene un apetito magnífico, se da unos paseos tremendos y no presta la menor atención a sus estudios.

ARCHIBALDO

¡Me gustaría conocer a esa Cecilia!

GRESFORD

Ya tendré yo buen cuidado de que no la conozcas. Es preciosa y acaba de cumplir los diez y ocho años.

ARCHIBALDO

¿Le dijiste a Susana que tenías una pupila preciosa, que acababa de cumplir los diez y ocho?

GRESFORD

¿Y a qué santo iba a decírselo? Cecilia y Susana serán seguramente grandes amigas. Te apuesto lo que quieras a que a la media hora de conocerse se llaman hermanas.

ARCHIBALDO

Sí, eso es lo que hacen siempre las mujeres después que se han llamado otra porción de cosas. Ahora, hijo mío, si quieres que cojamos mesa en Willis, hay que ir a vestirse. Son cerca de las siete, y empiezo a tener apetito.

GRESFORD

¡Cuándo no tendrás tú apetito!

ARCHIBALDO

¿Qué te parece que hagamos después de cenar? ¿Ir al teatro?

GRESFORD

¡Oh, no! ¡No estoy de humor de oír nada!

ARCHIBALDO

Al club, entonces.

GRESFORD

Tampoco; no estoy de humor de hablar.

ARCHIBALDO

¡Pues tú dirás qué hacemos!

GRESFORD

¡Nada!

ARCHIBALDO

Eso es demasiado difícil. Yo no me siento con fuerzas.

(Entra Esteban.)

ESTEBAN

¡Miss Susana!

(Entra Susana. Sale Esteban.)

ARCHIBALDO

¡Tú otra vez, Susana!

SUSANA

¡Archi, ten la bondad de volverte de espaldas! Tengo que decir algo en particular a míster Gresford.

ARCHIBALDO

La verdad, Susana..., no sé si debo...

SUSANA

¡Tú siempre echándotelas de inmoral! No eres bastante viejo para ello. *(Archibaldo se retira hacia la chimenea.)*

GRESFORD

¡Mi querida Susana!

SUSANA

¡Ernesto, es posible que nunca seamos marido y mujer! La cara que sacaba mamá me lo hace temer. Son muy pocos los padres que hoy hacen caso de la opinión de sus hijos. El respeto que antiguamente se tenía a los jóvenes, casi ha desaparecido. Yo, si alguna influencia tuve sobre mamá, la perdí desde los tres años. Pero, aunque ella pueda impedirnos que lleguemos a ser marido y mujer y obligarme a que me case con otro, nada, nada podrá alterar el amor que siento por usted.

GRESFORD

¡Querida Susana!

SUSANA

La historia tan romántica de su nacimiento, tal como me la ha contado mamá, con una por-

ción de comentarios desagradables, me ha conmovido hasta lo más íntimo. Su nombre de pila tiene para mí un hechizo irresistible. La sencillez del carácter de usted me lo hace deliciosamente incomprensible. Tengo la dirección de usted en Londres. ¿Cuál es la del campo?

GRESFORD

Manor House, Woolton, Hertfordshire.

(Archibaldo, que ha estado escuchando atentamente, toma nota de la dirección en un puño de la camisa. Luego, coge de una mesita una guía de ferrocarriles.)

SUSANA

Supongo que el servicio de correos será bueno, ¿verdad? No hay más remedio que hacer algún disparate. Claro que hay que pensarlo bien. Le escribiré a usted todos los días.

GRESFORD

¡Amor mío!

SUSANA

¿Hasta cuándo estará usted en Londres?

GRESFORD

Hasta el lunes.

SUSANA

Perfectamente. Archi, ya puedes volverte.

ARCHIBALDO

Gracias; ya me he vuelto.

SUSANA

Haz el favor de llamar al timbre.

GRESFORD

¿Me permite usted que la acompañe hasta el coche?

SUSANA

Naturalmente.

GRESFORD

(A Esteban, que acaba de entrar.)

Yo acompañaré a la señorita.

(Salen Gresford y Susana. Esteban presenta a Archibaldo varias cartas en una bandeja. Puede suponerse que son facturas, pues Archibaldo, en cuanto lee los sobres, las rompe.)

ARCHIBALDO

Mañana, Esteban, voy a bunburyzar.

ESTEBAN

Bien, señorito.

ARCHIBALDO

Probablemente no estaré de vuelta hasta el lunes. Prepara el maletín de siempre, mete el *smoking*, un traje de *sport*... En fin, lo de costumbre.

ESTEBAN

Bien, señorito.

(Entra Gresford. Sale Esteban.)

GRESFORD

¡Qué muchacha tan sensible, tan inteligente! La única muchacha que ha conseguido interesarme de veras. *(Archibaldo empieza a reírse inmoderadamente.)* ¿Puede saberse qué es lo que te hace tanta gracia?

ARCHIBALDO

¡Oh, nada! Que estoy un poco inquieto a causa de ese pobre Bunbury.

GRESFORD

Si no tienes cuidado, ya verás cómo el tal Bunbury acaba por meterte en algún mal paso.

ARCHIBALDO

Me encantan los malos pasos. Son los únicos de que se sale bien.

GRESFORD

Una tontería más. Te pasas la vida diciendo tonterías.

ARCHIBALDO

Como todo el mundo, hijo mío, como todo el mundo.

(Gresford le lanza una mirada de indignación, y sale. Archibaldo enciende un pitillo, se mira el puño de la camisa y sonríe.)

TELON

ACTO SEGUNDO

Jardín de la quinta de míster Gresford. Una escalinata de piedra gris conduce a la casa. El jardín, un jardín a la antigua, aparece lleno de rosas. Mes de julio. Sillones de mimbre y una mesa atestada de libros, a la sombra de un tejo frondosísimo. Miss Prism, sentada delante de la mesa. Al fondo, Cecilia, regando las flores.

MISS PRISM. *(Llamándola.)*

¡Cecilia! ¡Cecilia! ¿No le parece a usted que esa ocupación tan utilitaria de regar las flores es más bien de incumbencia del jardinero? Sobre todo teniendo en cuenta los placeres intelectuales que están aguardándola a usted. Su Gramática alemana está sobre la mesa. Tenga usted la bondad de abrirla por la página 15. Vamos a repetir la lección de ayer.

CECILIA. *(Acercándose muy despacio.)*

¡Pero si a mí no me gusta el alemán! Es una lengua que no sienta bien a nadie. Estoy segura de que después de la lección de alemán parezco feísima.

MISS PRISM

Hija mía, ya sabe usted el interés que tiene su tutor en que usted reciba una educación esmeradísima. Ayer, antes de marchar a Londres, me recomendó muy especialmente el alemán. Sí, cada vez que se marcha a Londres me recomienda con mucha insistencia la lección de alemán.

CECILIA

¡El querido tío Juan es tan serio! A veces está tan serio, que me parece que no debe sentirse bien.

MISS PRISM

Su tutor disfruta de una salud inmejorable, y su gravedad es tanto más digna de admiración si se tiene en cuenta su relativa juventud. No conozco a nadie con un sentido más alto de la responsabilidad y del deber.

CECILIA

¡Ah! Esa debe de ser la causa de que muchas veces, cuando estamos juntos los tres, tenga esa cara de aburrimiento.

MISS PRISM

¡Cecilia! Me sorprende oírla hablar así. Míster Gresford tiene muchas cosas en qué pensar, y no

puede entregarse a frivolidades ociosas. Piense usted en la constante preocupación de que es causa su hermano, ese desgraciado joven...

CECILIA

El tío Juan debería permitir a ese desgraciado joven que viniese por aquí de cuando en cuando. Podríamos ejercer sobre él una benéfica influencia. Sí, estoy segura de que usted la ejercería, miss Prism. Usted sabe alemán, y geología, y esas cosas deben influir mucho sobre un hombre. *(Abre su diario y se pone a escribir en él.)*

MISS PRISM

(Meneando dubitativamente la cabeza.)

No creo que pudiera influir lo más mínimo en un carácter que, según dice su mismo hermano, es de una debilidad y de una inestabilidad irremediables. Ni me parece que, aun pudiendo, quisiera influir. Yo no apruebo esa manía moderna de convertir en buenas a las malas personas, en un abrir y cerrar de ojos. No; que cada cual coseche lo que sembró... Debería usted dejar ahora ese diario, Cecilia. Realmente, no veo la necesidad de que lleve usted un diario.

CECILIA

Lo llevo para anotar los secretos maravillosos de mi vida. Si no los apuntara, es casi seguro que los olvidaría por completo.

MISS PRISM

La memoria, mi querida Cecilia, es el diario que todos llevamos con nosotros.

CECILIA

Sí; pero, generalmente, no registra más que las cosas que no han sucedido nunca, ni podían suceder. Me parece que la memoria debe ser la responsable de todas esas novelas que se escriben hoy día.

MISS PRISM

No hable usted a la ligera de las novelas, Cecilia. ¡Ay! Yo también escribí una en mi juventud.

CECILIA

¿De verdad, miss Prism? ¡Cuidado que tiene usted talento! Supongo que no acabaría bien, ¿eh? Detesto las novelas que acaban bien. Me entristecen horriblemente.

MISS PRISM

Los buenos acababan bien, y los malos eran castigados. Así lo requiere siempre la fábula.

CECILIA

¿Sí? Pues es una injusticia. ¿Y publicó usted su novela?

MISS PRISM

¡Ay, no! ¡Desgraciadamente, el manuscrito fué abandonado. *(Cecilia se estremece.)* Quiero decir que se extravió y no fué posible recuperarlo. Bueno, hija mía; estas disquisiciones tienen muy poco que ver con los estudios de usted.

CECILIA. *(Sonriendo.)*

Pero por allí veo venir al reverendo Ascot.

MISS PRISM. *(Levantándose y avanzando.)*

¿El reverendo Ascot? ¡Qué alegría verle por aquí! *(Entra el reverendo Ascot.)*

ASCOT

¿Qué tal, qué tal vamos? Supongo que todos bien, ¿verdad, miss Prism?

CECILIA

Precisamente miss Prism se quejaba, cuando llegó usted, de un poco de jaqueca. ¿Verdad que le sentaría bien dar una vueltecita con usted por el parque?

MISS PRISM

¡Pero, Cecilia, yo no he dicho una sola palabra de jaqueca!...

CECILIA

Sí, mi querida miss Prism; pero yo sé que tiene usted un poco de jaqueca. Como que antes de que llegara el reverendo no pensaba en otra cosa. Eso era, justamente, lo que no me dejaba prestar atención a la lección de alemán.

ASCOT

Espero, Cecilia, que no será usted una niña desaplicada.

CECILIA

¡Ay, sí, señor, mucho lo temo!

ASCOT

Es raro. Si yo tuviera la suerte de ser un discípulo de miss Prism, estaría siempre pendiente de sus labios.

MISS PRISM

(Ruborizándose y abriendo mucho los ojos.)

¿Eh?

ASCOT

Hablo metafóricamente. Una metáfora tomada de las abejas. ¡Jem!... ¿Y míster Gresford, no ha regresado todavía?

MISS PRISM

No le esperamos hasta el lunes por la tarde.

ASCOT

¡Ah, sí! Es verdad; no me acordaba que suele pasar los domingos en Londres. Míster Gresford no es uno de esos hombres que sólo piensan en divertirse, como, según parece, es ese infortunado joven hermano suyo. Pero, en fin, no quiero distraer por más tiempo a Egeria y su discípula.

MISS PRISM

¿Egeria? Mi nombre es Leticia, mi reverendo.

ASCOT

(Haciendo una pequeña reverencia.)

Es una simple alusión clásica, tomada de los autores paganos. ¿Tendré el gusto de verla a usted esta tarde en la oración?

MISS PRISM

¿Y si diéramos ahora una vueltecita? Me parece, en efecto, que tengo un poco de jaqueca, y quizá un paseíto me sentase bien.

ASCOT

¡Encantado, miss Prism, encantado! Podemos ir hasta la escuela, y desde allí volver.

MISS PRISM

Muy bien pensado. Usted, entretanto, Cecilia, me hará el favor de estudiar su lección de Economía política. El capítulo sobre la baja de la rupia puede usted saltarlo. Es demasiado sensacional. Hasta estos problemas financieros tienen su parte melodramática. *(Se aleja por el jardín en compañía del reverendo Ascot.)*

CECILIA

(Cerrando los libros y tirándolos sobre la mesa.)

¡Al diablo la Economía política! ¡Al diablo la Geografía! ¡Al diablo el alemán!

(Entra Anselmo con una tarjeta sobre una bandeja.)

ANSELMO

Míster Ernesto Gresford acaba de llegar de la estación. Trae consigo el equipaje.

CECILIA. *(Cogiendo la tarjeta y leyéndola.)*

"Míster Ernesto Gresford, Albany, 4." ¡El hermano del tío Juan! ¿Le ha dicho usted que el señor estaba en Londres?

ANSELMO

Sí, señorita. Y ha parecido muy contrariado. Le dije entonces que usted y miss Prism estaban

en el jardín, y ha contestado que tenía mucho interés en hablar a solas con usted un momento.

CECILIA

Dígale usted a míster Ernesto Gresford que pase aquí. Y me parece que no estaría demás que encargase al ama de llaves que fuesen preparando el cuarto.

ANSELMO

Se hará lo que manda la señorita. *(Sale.)*

CECILIA

¡Ay! Todavía no he conocido a ningún mal sujeto de veras. Casi me siento asustada. ¿Y si se parece a todos los demás hombres? *(Entra Archibaldo muy resuelto y satisfecho.)* ¡Y se parece!

ARCHIBALDO. *(Descubriéndose.)*

Usted es mi primita Cecilia, si no me equivoco.

CECILIA

No, señor, no se equivoca usted. Aunque estoy bastante crecida para mi edad, soy su primita Cecilia. Usted, ya he visto por su tarjeta, que es el hermano del tío Juan, mi primo Ernesto, el perdido de mi primo Ernesto.

ARCHIBALDO

¿Perdido yo? No, no, prima Cecilia. No vaya usted a pensar que yo soy un perdido.

CECILIA

Pues si no lo es, nos ha estado usted engañando a todos del modo más imperdonable. Supongo que no habrá usted llevado una doble existencia, echándoselas de perdido y siendo luego una persona decente, ¿eh? Eso sería una hipocresía.

ARCHIBALDO. (*Mirándola estupefacto.*)

¡Caramba, caramba!... Sí, la verdad es que he sido un poco aturdido.

CECILIA

Celebro saberlo.

ARCHIBALDO

Sí; ahora que me hace usted pensar en ello, comprendo que he sido una pequeña calamidad.

CECILIA

No creo que sea un motivo para envanecerse; aunque, seguramente, debió ser muy agradable para usted.

ARCHIBALDO

Mucho más agradable es estar aquí con usted.

CECILIA

Lo que no comprendo es por qué está usted aquí. El tío Juan no estará de regreso hasta el lunes por la tarde.

ARCHIBALDO

¡Qué contrariedad! Precisamente tengo que irme en el primer tren de la mañana del lunes. Tengo una cita de negocios que sentiría muchísimo... no perder.

CECILIA

¿Y no podría usted perderla en otro sitio que en Londres?

ARCHIBALDO

No; la cita es en Londres.

CECILIA

Sí, ya sé lo importante que es no acudir a una cita de negocios si se quiere conservar cierto sentido de la belleza de la vida; pero, no obstante, creo que haría usted mejor en aguardar el regreso del tío Juan. Sé que desea hablar con usted de su emigración.

ARCHIBALDO

¿De la emigración de quién?

CECILIA

De quién va a ser; de usted. Ha ido a Londres a comprarle el equipo.

ARCHIBALDO

¿El equipo? Por nada del mundo le dejaría yo a Juan comprarme el equipo. Es de un gusto lamentable, sobre todo en cuestión de corbatas.

CECILIA

¿Y qué falta le van a usted a hacer las corbatas en Australia?

ARCHIBALDO

¿Australia? ¡Antes la muerte!

CECILIA

Pues el otro día, el miércoles por la noche, dijo en la mesa que tendría usted que elegir entre el otro mundo y Australia.

ARCHIBALDO

¡Ah, no, no! Las noticias que he recibido de Australia y del otro mundo no son para animar a nadie. Me contento con este mundo, prima Cecilia; es bastante bueno para mí.

CECILIA

Sí; pero y usted, ¿es bastante bueno para él?

ARCHIBALDO

¡Ay! Temo que no. Por eso quiero que usted me ayude a mejorar. Usted podría hacer de esto su misión en la tierra, prima Cecilia.

CECILIA

Me parece que no me queda tiempo esta tarde.

ARCHIBALDO

Bueno; ¿prefiere usted entonces que me mejore yo mismo?

CECILIA

Un poco quijotesco sería; pero debía usted probar.

ARCHIBALDO

Probaré. Ya me siento mejor.

CECILIA

Pues tiene usted peor cara.

ARCHIBALDO

Es que tengo hambre.

CECILIA

¡Qué cabeza la mía! ¡No haber pensado que cuando uno se dispone a emprender una vida completamente nueva se necesita una alimentación abundante y sana! ¿Quiere usted que entremos?

ARCHIBALDO

Gracias. ¿Podría usted darme antes una flor para el ojal? Es condición indispensable de mi apetito la flor en el ojal.

CECILIA. *(Cogiendo unas tijeras.)*

¿Una mariscal Niel?

ARCHIBALDO

No; preferiría una rosada.

CECILIA. *(Cortando una rosada.)*

¿Por qué?

ARCHIBALDO

Porque parece usted una rosa rosada, prima Cecilia.

CECILIA

No creo que esté bien que me hable usted así. Miss Prism jamás me dice esas cosas.

ARCHIBALDO

Porque será vieja y miope. *(Cecilia le coloca la rosa en el ojal.)* Es usted la muchacha más bonita que he visto en mi vida.

CECILIA

Miss Prism dice que la belleza es una celada.

ARCHIBALDO

Una celada en que todo hombre sensato desearía caer.

CECILIA

¡Oh! A mí no me gustaría que cayese en la mía un hombre sensato. No sabría de qué hablar con él. *(Entran en la casa. Aparecen por un lado miss Prism y el reverendo Ascot.)*

MISS PRISM

Está usted demasiado solo, mi reverendo. Debería usted casarse. Pase que haya misántropos, ¡pero un mujerántropo!

ASCOT

(Con un estremecimiento de humanista.)

Crea usted, miss Prism, que no merezco un neologismo semejante. Lo mismo el precepto que la práctica de la iglesia primitiva eran contrarios al matrimonio.

MISS PRISM. *(Sentenciosamente.)*

Esa es evidentemente la razón de que la iglesia primitiva no haya llegado hasta nuestros días. Y usted, amigo mío, parece no darse cuenta de que un hombre que se empeña en permanecer soltero acaba por convertirse en una verdadera tentación pública.

ASCOT

¿Pero es que un hombre casado no resulta tan tentador como un soltero?

MISS PRISM

Ningún hombre casado resulta tentador, como no sea para su mujer.

ASCOT

Y muchas veces, según me han dicho, ni siquiera para su mujer.

MISS PRISM

Eso depende de la capacidad de simpatía intelectual que tenga la mujer. Por eso se debe escoger una mujer de edad madura, en la que poder confiar, capaz de entenderle a uno. Las jóvenes siempre resultan verdes.

ASCOT. *(Con un estremecimiento.)*

¿Cómo?

MISS PRISM

Hablo metafóricamente. Una metáfora tomada de la horticultura. Pero, ¿dónde estará Cecilia? *(Entra Gresford lentamente por el foro. Viene vestido de luto riguroso, con una gasa en el sombrero, y guantes negros.)* ¡Míster Gresford!

ASCOT

¿Míster Gresford?

MISS PRISM

Esto es realmente una sorpresa. No le esperábamos a usted hasta el lunes por la tarde.

GRESFORD

(Estrechando la mano a miss Prism con un ademán trágico.)

He vuelto antes de lo que esperaba. ¿Qué tal, mi reverendo, sigue usted bien?

ASCOT

Espero, míster Gresford, que ese aire sombrío no significará ninguna desgracia...

GRESFORD

¡Mi hermano!

MISS PRISM

¿Alguna extravagancia? ¿Deudas?...

ASCOT

¿Siempre en su vida de disipación?

GRESFORD. *(Sacudiendo la cabeza.)*

¡Ha muerto!

ASCOT

¿Que su hermano Ernesto ha muerto?

GRESFORD

¡Por completo!



MISS PRISM

¡Qué lección para él! Espero que le aprovechará.

ASCOT

¡Mi más sincero pésame, míster Gresford! Le queda a usted por lo menos el consuelo de saber que fué usted el más generoso y solícito de los hermanos.

GRESFORD

¡Pobre Ernesto! Tenía muchos defectos; pero es un golpe tremendo.

ASCOT

Realmente tremendo. ¿Asistió usted a sus últimos momentos?

GRESFORD

No. Murió en el extranjero; en París. Lo supe anoche por un telegrama que me puso el director del Grand Hotel.

ASCOT

¿Decía la causa de la muerte?

GRESFORD

Una pulmonía fulminante, según parece.

MISS PRISM

Cada cual cosecha lo que siembra.

ASCOT. *(Levantando la mano.)*

¡Caridad, querida miss Prism, caridad! No hay nadie perfecto. Yo mismo, por ejemplo, tengo una debilidad por el ajedrez. ¿Y el entierro, se verificará aquí?

GRESFORD

No. Parece ser que manifestó expresamente su voluntad de ser enterrado en París.

ASCOT

¿En París? *(Meneando la cabeza.)* ¡Ay, temo que esa disposición no sea buen indicio de su estado de ánimo en los últimos momentos! Sin duda usted querrá que en mi plática del domingo haga alguna ligera alusión a esta desgracia doméstica, ¿verdad, míster Gresford? Cuente usted conmigo. *(Gresford le estrecha la mano convulsivamente.)* Mi sermón sobre el sentido del maná en el desierto puede adaptarse a casi todas las situaciones, gozosas o, como en el caso actual, aflictivas. *(Suspiro general.)* Lo he pronunciado ya un sinnúmero de veces, en bautizos, confirmaciones, días de penitencia, días festivos... La última vez fué en la catedral, como sermón de caridad, en favor de la Junta preventiva del descontento entre las clases altas. Al obispo, que estaba presente, le causaron gran impresión algunas de mis comparaciones.

GRESFORD

¡Ah, a propósito, ahora que recuerdo! Usted sabrá bautizar, ¿verdad, mi reverendo? *(El reverendo Ascot le mira con estupefacción.)* Quiero decir, que usted bautiza muy a menudo, ¿no es eso?

MISS PRISM

Siento decir que es uno de los más constantes deberes del reverendo en esta parroquia. Yo he intentado varias veces hablar de la cuestión a las clases necesitadas; pero todo ha sido inútil. No tienen la menor noción de lo que es la economía.

ASCOT

Pero, ¿se trata de algún niño que le interesa a usted particularmente, míster Gresford? Su hermano, si no me engaño, era soltero, ¿verdad?

GRESFORD

¡Sí, sí, soltero!

MISS PRISM. *(Amargamente.)*

Los hombres que no viven más que para divertirse, suelen permanecer solteros.

GRESFORD

Pero no se trata de ningún niño, mi reverendo. No; el caso es que esta misma tarde, si no tiene

usted nada que hacer, desearía que me bautizase a mí.

ASCOT

¿A usted? ¿Pero no le bautizaron a usted de pequeño, míster Gresford?

GRESFORD

¡La verdad, no recuerdo!

ASCOT

¿Pero es que tiene usted alguna duda respecto a ello?

GRESFORD

Me parece que sí. Por lo menos no tengo la seguridad. Ahora usted me dirá si hay algo que me impida hacerlo. Acaso la edad...

ASCOT

No, no, en absoluto. La aspersión y hasta la inmersión de los adultos es perfectamente canónica.

GRESFORD

¡La inmersión!

ASCOT

¡Oh, no se inquiete usted! Con la aspersión bastará. ¡El tiempo está tan inseguro! ¿A qué hora desea usted que tenga lugar la ceremonia?

GRESFORD

A las cinco, si a usted le parece.

ASCOT

¡Perfectamente, perfectamente! *(Sacando el reloj.)* Ahora, mi querido míster Gresford, voy a dejarle a usted que llore su desgracia a solas. Sin embargo, no se deje abatir demasiado por el dolor. Lo que a veces se nos antojan pruebas durísimas son bendiciones disfrazadas.

MISS PRISM

Esta me parece a mí una bendición sin el menor disfraz.

(Entra Cecilia, que viene de la casa.)

CECILIA

¡Tío Juan! ¡Tío Juan! ¡Cuánto me alegro de que esté usted de vuelta! Pero ¡qué traje tan lúgubre se ha puesto usted ¡Vaya usted a mudarse!

MISS PRISM

¡Cecilia!

ASCOT

¡Hija mía! ¡Hija mía!

(Cecilia se dirige hacia Gresford. Este la besa melancólicamente en la frente.)

CECILIA

¿Qué ocurre, tío Juan? Vamos, ponga usted una cara más alegre. Parece como si tuviera usted dolor de muelas. ¡Si supiera usted la sorpresa que le aguarda! ¿Quién cree usted que está en el comedor? ¡Su hermano!

GRESFORD

¿Quién?

CECILIA

Su hermano Ernesto. Hará media hora quc llegó.

GRESFORD

¡Qué disparate! Yo no tengo ningún hermano.

CECILIA

¡Oh, no diga usted que no! Por mal que se haya portado con usted en el pasado, no por eso deja de ser su hermano. No es posible que tenga usted tan poco corazón que vaya a renegar de él. Voy a decirle que venga, y se reconciliarán ustedes, ¿verdad, tío Juan? *(Echa a correr hacia la casa.)*

ASCOT

¿Agradable sorpresa, eh?

MISS PRISM

Después de habernos todos resignado a su pérdida, esa reaparición me parece desoladora.

GRESFORD

¿Que mi hermano está en el comedor? ¿Qué querrá decir todo esto? !Absurdo, absurdo! *(Entran Archibaldo y Cecilia, cogidos de la mano, y avanzan muy despacio hacia Gresford.)* ¡Santo cielo! *(Se apresura a separar a Archibaldo de Cecilia.)*

ARCHIBALDO

Hermano Juan, he venido de Londres exclusivamente para decirte que estoy arrepentido de todas las molestias y disgustos que te he proporcionado y la decisión que he tomado de cambiar de género de vida en lo sucesivo.

(Gresford le mira con ojos furibundos, sin tomar la mano que Archibaldo le tiende.)

CECILIA

¡Tío Juan! No irá usted a rehusar la mano de su propio hermano.

GRESFORD

¡Por nada del mundo estrecharé esa mano! Su venida aquí me parece casi un insulto. ¡El sabe de sobra por qué!

CECILIA

¡No sea usted rencoroso, tío Juan! Todo el mundo tiene alguna buena cualidad. Precisamente, Ernesto acaba de hablarme de un amigo suyo muy achacoso, el pobre Bunbury, a quien va a ver muy a menudo. Y no cabe duda que algo bueno debe haber en un hombre capaz de abandonar las diversiones de Londres para sentarse junto al lecho de un amigo enfermo.

GRESFORD

¡Ah! ¿Con que te ha estado hablando de Bunbury?

CECILIA

Sí, me ha estado contando lo mal que está ese pobre señor.

GRESFORD

¡Bunbury! Bueno; pues de aquí en adelante te aseguro que no te hablará más de Bunbury ¡ni de nada!.... ¡Es para volverse loco!

ARCHIBALDO

(Con acento grave y emocionado.)

Reconozco que todas las culpas son mías; pero debo confesar también que este desvío de mi querido hermano Juan me es particularmente penoso. Yo esperaba un recibimiento más efusivo, más

cordial... Sobre todo, teniendo en cuenta que es la primera vez que vengo aquí.

CECILIA. *(Con tono de autoridad.)*

¡Tío Juan, si no le da usted la mano inmediatamente a su hermano Ernesto, no se lo perdonaré en mi vida!

GRESFORD

¿Que no me perdonarás?

CECILIA

¡En la vida!

GRESFORD

Bueno; es la última vez que lo hago. *(Le da la mano a Archibaldo, mirándole con ojos centelleantes.)*

ASCOT

¡Qué agradable es ver una reconciliación tan perfecta!, ¿verdad? Creo que haríamos bien en dejar solos a los dos hermanos.

MISS PRISM

Cecilia, tenga usted la bondad de acompañarnos.

CECILIA

Con mucho gusto, miss Prism. Mi trabajo de reconciliación ha terminado.

ASCOT

Ha llevado usted a cabo hoy una acción muy hermosa, hija mía.

MISS PRISM

No seamos prematuros en nuestros juicios.

CECILIA

El caso es que me siento muy feliz.

(Salen todos, excepto Gresford y Archibaldo.)

GRESFORD

(Acercándose a Archibaldo con aire amenazador.) Oye, grandísimo fresco, vas a hacerme el favor de irte inmediatamente. ¡A bunburyzar a otra parte!

(Entra Anselmo.)

ANSELMO

He puesto las cosas del señorito Ernesto en la alcoba contigua a la del señor. ¿Está bien así?

GRESFORD

¿Qué?

ANSELMO

Me refiero al equipaje del señorito Ernesto. Lo he desempaquetado todo y lo he puesto en la alcoba contigua a la del señor.

GRESFORD

¿Su equipaje?

ANSELMO

Sí, señor. Tres maletas, un estuche de tocador, dos sombrereras y una cesta grande de merienda.

ARCHIBALDO

Sí, creo que no podré estar con vosotros más de una semana.

GRESFORD

Anselmo, que enganchen el coche inmediatamente. El señorito Ernesto ha recibido un aviso que le obliga a regresar esta misma tarde a Londres.

(Anselmo saluda y vase.)

ARCHIBALDO

¡Cuidado que eres embustero, Juan! Yo no he recibido ningún aviso.

GRESFORD

Sí has recibido.

ARCHIBALDO

Pues no me he enterado.

GRESFORD

Tu deber de caballero te llama a Londres con urgencia.

ARCHIBALDO

Mi deber de caballero nunca ha tenido nada que ver con mis diversiones.

GRESFORD

Ya lo veo. No necesitas jurármelo.

ARCHIBALDO

Además, Cecilia es preciosa.

GRESFORD

¡Te prohibo que hables así de miss Morris! No me hace la menor gracia.

ARCHIBALDO

Bueno; tampoco me hace gracia a mí ese traje absurdo que te has puesto. Te aseguro que estás de lo más ridículo. ¿Por qué no vas a mudarte? Resulta pueril estar de luto por un hombre que se va a pasar una semana en tu casa en calidad de huésped. Hasta grotesco resulta.

GRESFORD

Puedes tener la seguridad de que no pasarás aquí una semana, ni mucho menos. En el tren de las cuatro y cinco sales para Londres.

ARCHIBALDO

En manera alguna puedo irme dejándote de luto. Sería una falta de cariño. Me parece que si yo estuviera en tu lugar, tampoco tú te irías dejándome tan afligido, ¿verdad? Te aseguro que no estaría nada bien.

GRESFORD

Bueno; ¿te irás si me cambio de traje?

ARCHIBALDO

Sí, con tal de que no tardes demasiado. No conozco a nadie que tarde tanto en vestirse, y con tan escaso resultado.

GRESFORD

Hijo mío, eres de una presunción ridícula. Y tu conducta conmigo es un insulto, y tu presencia en mi jardín, el colmo de lo absurdo. Vuelvo a repetirte que en el tren de las cuatro y cinco saldrás para Londres. ¡Buen viaje! Este bunburysmo, como tú dices, no ha sido un gran éxito que digamos. (*Entra en la casa.*)

ARCHIBALDO

¡Pues no sé qué más éxito iba a ser! ¡Me he enamorado de Cecilia, que era lo esencial! *(Entra Cecilia por el fondo del jardín. Coge la regadera*

y se pone a regar las flores.) Pero es preciso que la vea antes de irme y que nos pongamos de acuerdo para otra excursión bunburysta. ¡Ah, aquí está!

CECILIA

¡Oh! No he venido más que a regar estas rosas. Creí que estaba usted con el tío Juan.

ARCHIBALDO

Se ha ido a decir que enganchen el coche.

CECILIA

¡Ah! ¿Va a llevarle a usted a dar una vuelta?

ARCHIBALDO

¡Va a llevarme a la estación!

CECILIA

¿A la estación? Entonces, ¿vamos a tener que separarnos?

ARCHIBALDO

Así parece. ¡Qué horrible separación!

CECILIA

Siempre es penoso separarse de los amigos recientes. La ausencia de los antiguos puede sobrellevarse con cierta ecuanimidad; pero la separa-

ción, por momentánea que sea, de una persona que se acaba de conocer, resulta casi insoportable.

ARCHIBALDO

Gracias, prima Cecilia, gracias.

(Entra Anselmo.)

ANSELMO

El coche espera a la puerta, señorito.

(Archibaldo lanza a Cecilia una mirada de súplica.)

CECILIA

Que espere, Anselmo..., cinco minutos.

(Anselmo saluda y vase.)

ARCHIBALDO

Espero, Cecilia, que no se ofenderá usted si le digo con toda franqueza y sin rodeos que me parece usted, por todos conceptos, la perfección absoluta en persona.

CECILIA

Esa franqueza le honra a usted, Ernesto. Si no tiene usted inconveniente, voy a anotar en mi diario esa observación. *(Se dirige a la mesa y pónese a escribir en el diario.)*

ARCHIBALDO

¿Cómo? ¿Lleva usted realmente un diario? Daría cualquier cosa por echarle una ojeada. ¿Me lo permite usted?

CECILIA

¡Oh, no, de ningún modo! *(Tapando el cuaderno con la mano.)* Usted comprenderá que esto no es más que la relación de los pensamientos e impresiones de una muchacha, y, como tal, destinado a la publicación. Espero que, cuando aparezca en volumen, comprará usted un ejemplar, ¿verdad? Pero tenga usted la bondad de proseguir, Ernesto. Me encanta escribir al dictado. Estábamos en lo de "perfección absoluta". Puede usted continuar.

ARCHIBALDO. *(Un tanto cortado.)*

¡Jem! ¡Jem!

CECILIA

¡Oh, nada de toser, Ernesto! Cuando se dicta debe uno hablar de corrido y sin toser. Además, no sé cómo se escribe la tos. *(Va escribiendo a medida que habla Archibaldo.)*

ARCHIBALDO. *(Hablando muy de prisa.)*

Cecilia, desde que vi por primera vez su maravillosa e incomparable belleza, me he atrevido a amarla a usted locamente, apasionadamente, desesperadamente.

CECILIA

No creo que deba usted decirme que me ama locamente, apasionadamente, desesperadamente. ¿No le parece a usted que ese desesperadamente carece, por decirlo así, de sentido?

ARCHIBALDO

¡Cecilia! *(Entra Anselmo.)*

ANSELMO

Señorito, el coche está esperando.

ARCHIBALDO

Dígale usted que vuelva la semana próxima, a la misma hora.

ANSELMO

(Después de mirar a Cecilia, que permanece impasible.)

Muy bien, señorito.

CECILIA

Me parece que al tío Juan no le hará mucha gracia saber que piensa usted estarse hasta la semana próxima, a la misma hora.

ARCHIBALDO

¡Bah, me tiene sin cuidado Juan! Ya no me importa más ser en el mundo que usted. La adoro a usted, Cecilia. ¿Quiere usted ser mi mujer?

CECILIA

¡Tonto! ¡Pues claro que sí! ¡Como que hace tres meses que tenemos relaciones!

ARCHIBALDO

¿Tres meses?

CECILIA

Sí, el jueves hará los tres meses justos.

ARCHIBALDO

Pero... ¿y cómo es que hemos tenido relaciones?

CECILIA

Pues, muy sencillo. Desde que el tío Juan nos dijo que tenía un hermano que era un perdido, usted, como es natural, se convirtió en el tema principal de mis conversaciones con miss Prism. No hace falta decir que un hombre del que se habla tanto, acaba siempre por resultar atractivo. El caso es, que, locura o no, me enamoré de usted, Ernesto.

ARCHIBALDO

¡Amor mío! ¿Y qué día empezaron nuestras relaciones?

CECILIA

El 14 de febrero pasado fué cuando se declaró usted. Desesperada por la absoluta ignorancia en

que estaba usted de mi existencia, decidí concluir de un modo o de otro, y después de una larga lucha conmigo misma, le dije a usted que sí debajo de este árbol. Al día siguiente compré este anillo en nombre de usted, y ésta es la pulsera que le prometí no quitarme nunca.

ARCHIBALDO

¿Y fuí yo quien se la dió a usted? Es muy bonita, ¿verdad?

CECILIA

¡Ah, si usted tiene muy buen gusto, Ernesto! Yo, es la excusa que siempre he dado de la mala vida que llevaba usted. Y aquí está la caja en que conservo todas sus cartas. *(Se arrodilla en la silla, abre la caja y enseña las cartas, atadas con una cinta azul.)*

ARCHIBALDO

¿Mis cartas? ¡Pero, mi adorada Cecilia, si yo no la he escrito a usted ninguna carta!

CECILIA

No necesita usted recordármelo, Ernesto. De sobra sé que me las he tenido que escribir yo misma. Tres veces por semana; sin contar las extraordinarias.

ARCHIBALDO

¿Me deja usted que las lea, Cecilia?

CECILIA

¡Imposible! Se volvería usted demasiado vanidoso. *(Volviendo a guardarlas en la caja.)* Las tres que me escribió usted después que reñimos son tan hermosas, y con tan mala ortografía, que hoy mismo no puedo leerlas sin llorar un poco.

ARCHIBALDO

¿Pero es que reñimos alguna vez?

CECILIA

Naturalmente. El veintidós de marzo. Aquí puede usted verlo, si quiere. *(Enseñándole el diario.)* "Hoy, ruptura de relaciones con Ernesto. Comprendo que es necesaria. El tiempo continúa hermosísimo."

ARCHIBALDO

Pero ¿y por qué fué esa riña? ¿Qué había hecho yo? ¡Si yo no había dado el menor motivo! La verdad, Cecilia, me disgusta en extremo saber que reñimos. Sobre todo haciendo un tiempo tan hermoso.

CECILIA

¿Usted no sabe que no puede haber relaciones formales sin una riña por lo menos? Pero yo le perdoné a usted antes de acabar la semana.

ARCHIBALDO

(Arrodillándose delante de Cecilia.)

¡Es usted un ángel, Cecilia!

CECILIA

¡Y usted, qué romántico, Ernesto! *(Archibaldo le besa una mano. Ella le acaricia los cabellos.)* Supongo que este ondulado será natural, ¿verdad?

ARCHIBALDO

Sí, amor mío; con una pequeña ayuda ajena.

CECILIA

¡Cuánto me alegro!

ARCHIBALDO

¿Verdad que no volverá usted a romper nuestras relaciones, Cecilia?

CECILIA

¿A qué santo, ahora que nos hemos conocido?... Además, hay que tener en cuenta el nombre...

ARCHIBALDO. *(Con cierta agitación.)*

¿El nombre?



CECILIA

No se ría usted de mí; pero el caso es que siempre fué mi sueño dorado tener un novio que se llamase Ernesto. *(Archibaldo se pone en pie.)* No sé qué tiene este nombre, que me fascina. Todos los demás, a su lado, me parecen feos. Compadezco a las infelices cuyos maridos no se llaman Ernesto.

ARCHIBALDO

Pero, querida Cecilia, ¿no querrá usted decir que no podría quererme si me llamase de otro modo?

CECILIA

¿Cómo? ¡A ver!

ARCHIBALDO

¡Qué sé yo!... Archibaldo, por ejemplo...

CECILIA

¿Archibaldo? ¡Qué horror!

ARCHIBALDO

Pues no sé, amor mío, qué tiene usted que objetar al nombre de Archibaldo. Es un nombre precioso, aristocrático, nada común. Sí, nada común. Y suena un poco a tiempos pasados. ¡Archibaldo!... Pero, en serio, Cecilia: si mi nombre fuese Archibaldo, ¿no podría usted seguir queriéndome?

CECILIA. *(Levantándose.)*

Podría respetarle a usted, Ernesto; podría admirar su carácter; pero quererle..., la verdad, creo que no me sería posible.

ARCHIBALDO

¡Jem! Cecilia *(Cogiendo su sombrero.)*, el párroco de aquí, supongo que estará al corriente de todas las prácticas y ceremonias de la iglesia, ¿verdad?

CECILIA

¡Oh, el reverendo Ascot es un verdadero sabio! Figúrese usted que todavía no ha escrito ningún libro.

ARCHIBALDO

Necesito verle en seguida. Se trata de un asunto importantísimo.

CECILIA

¿Sí?

ARCHIBALDO

Dentro de media hora estoy de vuelta.

CECILIA

Teniendo en cuenta que somos novios desde el 14 de febrero, y que acabo de conocerle hoy, me parece demasiado tiempo media hora. ¿No podría usted reducirlo a veinte minutos?

ARCHIBALDO

¡Qué veinte minutos! ¡Vuelvo al instante! *(Da un beso a Cecilia y se aleja corriendo por el jardín.)*

CECILIA

¡Qué impetuosidad! ¡Y qué pelo tan bonito tiene! Voy a apuntar su declaración en mi diario. *(Entra Anselmo.)*

ANSELMO

Miss Bracknell pregunta por míster Gresford. Se trata de una cuestión de suma importancia, según parece.

CECILIA

¿No está míster Gresford en la biblioteca?

ANSELMO

El señor salió hace un rato en dirección a la parroquia.

CECILIA

Diga usted a esa señorita que pase aquí. Seguramente el señor no tardará en volver. Y sirva usted el te. *(Anselmo saluda y vase.)* ¡Miss Blacknell! Sin duda una de esas señoras ancianas de Londres que se ocupan con el tío Juan de obras filantrópicas.

(Entra Anselmo.)

ANSELMO

¡Miss Bracknell!

(Entra Susana. Sale Anselmo.)

CECILIA. *(Adelantándose hacia ella.)*

Permítame usted que me presente yo misma: Cecilia Morris.

SUSANA

¿Cecilia Morris? *(Ambas se dan un apretón de manos.)* ¡Un nombre precioso! Presiento que vamos a ser grandes amigas. Me es usted extraordinariamente simpática. Yo nunca me engaño en mis primeras impresiones.

CECILIA

Es usted muy amable en tenerme esa simpatía que dice, dado el poco tiempo, relativamente, que nos conocemos. Tenga usted la bondad de sentarse.

SUSANA. *(Aún en pie.)*

¿No tiene usted inconveniente en que la llame Cecilia, verdad?

CECILIA

¡Encantada!

SUSANA

¿Y usted me llamará siempre Susana, no es cierto?

CECILIA

Si usted quiere...

SUSANA

Entonces todo está ya arreglado, ¿no es eso?

CECILIA

Así parece. *(Una pausa. Siéntanse ambas, una junto a la otra.)*

SUSANA

Quizás éste sea el momento de explicarle a usted quién soy. Mi padre es lord Bracknell. Supongo que usted no habrá nunca oído hablar de él, ¿verdad?

CECILIA

No creo...

SUSANA

Fuera de la familia, papá es muy poco conocido. ¡Afortunadamente! El hogar es la verdadera esfera del hombre, ¿no le parece a usted?.. Cecilia, mamá, que tiene respecto a educación ideas muy severas, me ha enseñado a ser sumamente corta de vista. Esto forma parte de su sistema. ¿Le molestaría a usted que la mirase con mis impertinentes?

CECILIA

¡Oh, en absoluto, Susana! A mí me agrada mucho que me miren.

SUSANA

(Después de examinar atentamente a Cecilia con sus impertinentes.)

Y qué, ¿ha venido usted aquí de visita, no es eso?

CECILIA

No. Vivo aquí.

SUSANA. *(Con cierta severidad.)*

¿De veras? Sin duda su madre, o alguna parienta de edad, reside también aquí...

CECILIA

¡Oh, no! No tengo padre; ni, en realidad, ningún pariente.

SUSANA

¿Es posible?

CECILIA

Mi querido tutor, con ayuda de miss Prism, es quien se ocupa de mí.

SUSANA

¿Su tutor?

CECILIA

Sí, mi tutor: míster Gresford.

SUSANA

¡Ah! Es raro que no me haya dicho nunca que tenía una pupila. ¡Qué reservado! Por momentos se hace más interesante. Sin embargo, no creo que la noticia me regocije demasiado. *(Poniéndose en pie y acercándose más a ella.)* Mi querida Cecilia: me es usted extraordinariamente simpática; me lo fué usted desde el primer momento; pero debo confesar que ahora que sé que es usted la pupila de míster Gresford, no me desagradaría que fuese usted un poco menos joven... y de apariencia menos atractiva. Realmente, si puedo expresarme con franqueza...

CECILIA

¡No faltaba más! Siempre que se tiene algo desagradable que decir, debe uno hablar con franqueza.

SUSANA

Bueno; pues para hablar con toda franqueza, Cecilia, no me desagradaría que tuviese usted cuarenta y dos cumplidos, y fuera más fea que lo que se suele ser a esa edad. Ernesto tiene un espíritu muy recto. Es la verdad y el honor personificados. La infidelidad le sería tan imposible como la desilusión. Pero hasta los caracteres más nobles y honrados son sensibles a los encantos físicos. La historia moderna, lo mismo que la antigua, nos ofrecen una porción de lamentables

ejemplos de lo que digo. Como que si no fuera así, la Historia resultaría completamente ilegible.

CECILIA

Usted perdone, Susana. ¿Dijo usted Ernesto?

SUSANA

Sí.

CECILIA

¡Ah!; pero mi tutor no es míster Ernesto Gresford, sino su hermano..., su hermano mayor.

SUSANA. *(Sentándose de nuevo.)*

¡Ernesto nunca me ha dicho que tuviera un hermano!

CECILIA

Siento decir que durante mucho tiempo no han estado en buenas relaciones.

SUSANA

¡Ah, eso lo explica todo! Me ha quitado usted un peso de encima, Cecilia. Estaba ya preocupada. Hubiera sido terrible que una amistad como la nuestra se empañase, ¿verdad?... Entonces, ¿está usted segura, completamente segura, de que su tutor no es míster Ernesto Gresford?

CECILIA

¡Segurísima! *(Una pausa.)* Como que más bien me parece que voy a ser yo su tutora.

SUSANA

¿Cómo ha dicho usted?

CECILIA

(Un tanto tímida y confidencialmente.)

Mi querida Susana: yo no quiero tener secretos para usted. Seguramente el periódico de la localidad dará la noticia uno de estos días. Míster Ernesto Gresford y yo somos novios y nos casaremos muy en breve.

SUSANA

(Muy cortésmente, levantándose.)

Mi querida Cecilia: aquí debe haber algún pequeño error. Míster Ernesto Gresford ha pedido mi mano. La noticia aparecerá en el *Morning Post* del sábado, a más tardar.

CECILIA

(Levantándose también, y también con gran cortesía.)

Temo que esté usted equivocada, Susana. Ernesto se me ha declarado hace diez minutos justos. *(Enseña el diario.)*

SUSANA

(Examina con atención el diario a través de sus impertinentes)

No cabe duda que es curioso, Ayer tarde, a las cinco y media en punto, me preguntó a mí si quería ser su mujer. Si quiere usted asegurarse del hecho, puede examinar mi diario. *(Sacándole de su bolso de mano.)* Siempre viajo con él. Para leer en el tren hacen falta cosas muy emocionantes. Lo siento mucho, querida Cecilia, si es que supone para usted algún disgusto; pero, como usted ve, mi derecho es anterior.

CECILIA

También a mí me apenaría infinito, querida Susana, causarla algún trastorno físico o moral; pero me veo obligada a observar que desde que Ernesto se declaró a usted, puede muy bien haber cambiado de idea.

SUSANA. *(Con aire reflexivo.)*

Si el pobre se ha dejado coger en la trampa de una promesa, hecha inconsideradamente, mi deber es sacarle de ella, con mano firme.

CECILIA. *(Pensativa y melancólicamente.)*

Sean cuales sean los disparates que el desdichado haya podido cometer antes, yo nunca se los echaré en cara después de casados.

SUSANA

¿Se refiere usted a mí en eso de disparates, miss Morris? La encuentro a usted muy atrevida. En una ocasión como ésta es más que un deber decir lo que se piensa; es un gusto.

CECILIA

¿Quiere usted decir que yo he cogido en una trampa a Ernesto, miss Bracknell? ¿Cómo es posible que se atreva usted...? Sí; no es ésta el momento de andarse con miramientos. Yo acostumbro a llamar las cosas por su nombre.

SUSANA. *(Sarcásticamente.)*

¿Ah, sí? No cabe duda que pertenecemos a esferas sociales muy distintas.

(Entra Anselmo, seguido de otro criado, con una bandeja, un mantel y un velador. Cecilia está a punto de contestar a Susana; pero la presencia de los domésticos ejerce una influencia moderadora, que hace palidecer de rabia a ambas muchachas.)

ANSELMO

¿Se sirve el te como de costumbre, señorita?

CECILIA. *(Secamente, con voz reposada.)*

Sí, como de costumbre.

(Anselmo empieza a desembarazar la mesa para poner el mantel. Pausa larga. Cecilia y Susana se dirigen una a otra miradas iracundas.)

SUSANA

¿Hay muchas excursiones bonitas por estos alrededores, miss Morris?

CECILIA

¡Muchísimas! Desde arriba de uno de los montes se pueden ver cinco provincias.

SUSANA

¿Cinco provincias? ¡Qué horror! Detesto las multitudes.

CECILIA. *(Dulcemente.)*

Por eso, sin duda, vive usted en Londres. *(Susana se muerde los labios y se da unos golpecitos en el pie con la sombrilla.)*

SUSANA. *(Mirando en torno suyo.)*

¡Qué jardín tan bien cuidado, miss Morris!

CECILIA

¿Usted encuentra...?

SUSANA

No tenía idea de que hubiese flores en el campo.

CECILIA

¡Oh! Las flores son aquí tan corrientes como la gente en Londres... ¿Quiere usted una taza de te, miss Bracknell?

SUSANA. *(Con una finura exagerada.)*

¡Muchas gracias! *(Aparte.)* ¡Odiosa muchacha! ¡Pero me muero de debilidad!

CECILIA. *(Con mucha dulzura.)*

¿Azúcar?

SUSANA. *(Con cierta superioridad.)*

No, gracias; el azúcar no está ya de moda. *(Cecilia le dirige una mirada de ira, coge las pinzas y pone cuatro terrones de azúcar en la taza.)*

CECILIA. *(Secamente.)*

¿Cake, o pan con mantequilla?

SUSANA

(Como asombrada de la pregunta.)

Pan con mantequilla, si usted gusta. El cake no se ve ya en ninguna casa elegante.

CECILIA

(Cortando una gran rebanada de cake y poniéndola en el plato de Susana. A Anselmo.)

Pase usted esto a miss Bracknell.

(Anselmo lo hace así y se retira, seguido del otro criado. Susana prueba el te y hace una mueca. Deja inmediatamente la taza sobre la mesa y extiende la mano en busca del pan con mantequilla; pero se encuentra con que es cake. Levántase toda indignada.)

SUSANA

Me ha llenado usted la taza de terrones de azúcar, y, a pesar de haber pedido, sin que hubiera lugar a dudas, pan con mantequilla, me ha servido usted cake. Todo el mundo conoce mi buen carácter y mi paciencia; pero le advierto, miss Morris, que va usted demasiado lejos.

CECILIA. *(Levantándose.)*

Por salvar a mi pobre Ernesto, tan confiado y tan inocente, de las maquinaciones de otra muchacha, me siento capaz de ir todo lo lejos que sea preciso.

SUSANA

Desde el primer momento desconfié de usted. Presentí lo enredadora y lo intrigante que es us-

ted. ¡Ah, yo nunca me engaño en mis primeras impresiones!

CECILIA

Me parece, miss Bracknell, que la estoy robando un tiempo precioso. Sin duda tiene usted otras muchas visitas del mismo género que hacer en la vecindad. *(Entra Gresford.)*

SUSANA. *(Al verle.)*

¡Ernesto! ¡Mi Ernesto!

GRESFORD

¡Susana! ¡Amor mío! *(Se dispone a besarla.)*

SUSANA. *(Dando un paso atrás.)*

¡Un momento! ¿Puedo preguntarle a usted si es verdad que tiene relaciones con esta señorita? *(Señalando a Cecilia.)*

GRESFORD. *(Echándose a reír.)*

¿Con Cecilia? ¡Qué he de tener! ¿Quién puede haberla metido a usted esa idea en su preciosa cabecita?

SUSANA

¡Gracias! Ya puede usted besar. *(Ofreciéndole la mejilla.)*

CECILIA

Ya suponía yo que estaba usted equivocada, miss Bracknell. El caballero que en este momento la tiene a usted cogida del talle es mi querido tutor, míster Juan Gresford.

SUSANA

¿Cómo ha dicho usted?

CECILIA

Que es el tío Juan.

SUSANA. *(Retrocediendo.)*

¡Juan! ¡Oh!

(Entra Archibaldo.)

ARCHIBALDO

(Yendo derecho hacia Cecilia, sin reparar en los demás.)

¡Amor mío! *(Pretende darle un beso.)*

CECILIA. *(Dando un paso atrás.)*

¡Un momento, Ernesto! ¿Puedo preguntarle a usted si es verdad que tiene relaciones con esta señorita?

ARCHIBALDO. *(Mirando a su alrededor.)*

¿Qué señorita? ¡Santo cielo! ¡Susana!

CECILIA

Sí, sí; a Susana me refiero.

ARCHIBALDO. *(Echándose a reír.)*

¡Qué he de tener! ¿Quién puede haberla metido a usted esa idea en su preciosa cabecita?

CECILIA

Gracias. *(Presentándole la mejilla.)* Ya puede usted besar. *(Archibaldo la besa.)*

SUSANA

Ya sabía yo que debía haber algún error. Miss Morris, el caballero que en este momento la besa a usted es mi primo Archibaldo Moncrieff.

CECILIA

(Separándose bruscamente de Archibaldo.)

¡Archibaldo! ¡Oh! *(Ambas muchachas se dirigen una hacia otra, y cógense del talle como buscando protección.)* ¿Se llama usted Archibaldo?

ARCHIBALDO

No puedo negarlo.

CECILIA

¡Oh!

SUSANA

Y usted, ¿se llama Juan de verdad?

GRESFORD

(Irguiéndose con cierta altivez.)

Yo podría negarlo si quisiera. Yo me siento capaz de negarlo todo. Pero reconozco que me llamo Juan, y que Juan me he llamado durante una porción de años.

CECILIA. *(A Susana.)*

¡A ambas nos han engañado miserablemente!

SUSANA

¡Mi pobre Cecilia!

CECILIA

¡Mi desventurada Susana!

SUSANA

(Despacio y con mucha gravedad.)

¿Me considerará usted como una hermana, verdad?

(Abrázanse ambas. Gresford y Archibaldo pasean de arriba abajo, murmurando entre dientes.)

CECILIA

(Como si acabara de ocurrírsele una idea.)

Pero se me ocurre una pregunta, que desearía hacer a mi tutor si éste me lo permite.

SUSANA

La adivino. ¡Excelente idea! Míster Gresford, le agradeceríamos a usted se sirviera contestar a una pregunta. ¿Dónde está su hermano Ernesto? Ambas hemos dado palabra de casamiento a su hermano Ernesto; así que nos interesa saber dónde se encuentra actualmente su hermano Ernesto.

GRESFORD

(Lentamente y con tono inseguro.)

Susana... Cecilia... Es para mí muy duro verme obligado a decir la verdad. Es la primera vez en mi vida que me he visto en trance tan penoso, y, realmente, me falta práctica. No obstante, les diré a ustedes con toda sinceridad que no tengo ningún hermano Ernesto, que no tengo ningún hermano en absoluto, que en mi vida he tenido ningún hermano, y que no tengo la menor intención de tenerlo en lo futuro.

CECILIA. *(Asombrada.)*

¿Ningún hermano?



GRESFORD. *(Alegremente.)*

¡Ninguno!

SUSANA

Veo, Cecilia, que ni usted ni yo hemos dado palabra de casamiento a nadie.

CECILIA

¡Qué situación tan poco agradable para una muchacha, Susana!

SUSANA

Vamos adentro. No creo que tengan la audacia de seguirnos.

CECILIA

¡Qué han de tener! Los hombres son todos unos cobardes, ¿no? *(Entran ambas en la casa con aire desdeñoso.)*

GRESFORD

¿Y esto es, sin duda, lo que tú llamas bunburyzar?

ARCHIBALDO

Sí, señor. Y bunburyzar por todo lo alto. Como que estoy por decirte que ha sido la más brillante de mis excursiones bunburystas.

GRESFORD

¡Pero aquí me parece que no tienes el menor derecho a bunburyzar!

ARCHIBALDO

Eso es un absurdo. Uno tiene derecho a bunburyzar donde le da la gana. Todo verdadero bunburysta lo sabe.

GRESFORD

Bueno; la única pequeña satisfacción que me queda de todo este lío en que nos has metido es que tu amigo Bunbury ha quebrado. ¡Ya no podrás hacer más escapatorias al campo, hijo mío!

ARCHIBALDO

Pues me parece que tu hermano tampoco está muy lucido, ¿eh? ¡Ya no podrás marcharte a Londres de bureo con tanta frecuencia!

GRESFORD

Por lo que respecta a tu conducta con miss Morris, debo decirte que me parece indigno abusar de ese modo de una muchacha inocente, sencilla y candorosa. Eso, sin contar que es mi pupila.

ARCHIBALDO

Yo tampoco veo excusa que justifique el que hayas engañado a una mucha tan inteligente, tan instruída y con tanta experiencia de la vida como miss Bracknell. Eso, sin contar que es mi prima

GRESFORD

Yo quería casarme con Susana. ¡La amo!

ARCHIBALDO

Como yo me quería casar con Cecilia. ¡La adoro!

GRESFORD

No creo que haya la menor probabilidad de que te cases con miss Morris.

ARCHIBALDO

Como yo veo sumamente problemático tu casamiento con miss Bracknell.

GRESFORD

¡Bueno; eso a ti no te importa!

ARCHIBALDO

Si me importara, no hablaría de ello. *(Empieza a comer pastelillos de crema de un plato que hay sobre la mesa.)*

GRESFORD

No comprendo como, después de lo ocurrido, puedes estar ahí, tan satisfecho, comiendo tranquilamente pasteles. ¡Cuando te digo que eres un pedrusco!

ARCHIBALDO

Hijo mío, los pastelillos de crema no pueden comerse con agitación. Correría el riesgo de mancharme de crema los puños. Los pasteles se deben comer siempre con tranquilidad. Te aseguro que no hay otro modo de comerlos.

GRESFORD

Quiero decir que se necesita no tener corazón para ponerse a comer pasteles en estas circunstancias.

ARCHIBALDO

Cuando estoy afligido, lo único que me consuela es comer. Sí; todo el mundo que me conozca íntimamente podrá decirte que cuando tengo algún disgusto grande, me niego a todo, menos a comer y a beber. Ahora me he puesto a comer estos pastelillos de crema, porque me siento triste. Además, que estos pastelillos están riquísimos. *(Pónese en pie.)*

GRESFORD. *(Poniéndose también en pie.)*

Pero eso no es una razón para que te los comas todos. *(Quitándole a Archibaldo el plato de los pastelillos.)*

ARCHIBALDO

(Ofreciéndole el plato de Plum-cake.)

Aquí tienes tú el cake. A mí no me gusta el cake.

GRESFORD

¿Pero es que no va uno a poder comer pasteles en su propia casa?

ARCHIBALDO

¿Pero no decías tú que se necesitaba no tener corazón para ponerse a comer pasteles en estas circunstancias? *(Vuelve a apoderarse del plato de pastelillos.)*

GRESFORD

Pero, ¿cuándo demonios acabarás de irte?

ARCHIBALDO

No tendrás la pretensión de que me vaya sin cenar. Sería absurdo. Yo nunca me voy sin cenar. Ni nadie; como no sea un vegetariano. Además, que a las cinco y media tengo que ir a la parroquia a que me bauticen con el nombre de Ernesto. Ya he hablado con el reverendo Ascot.

GRESFORD

Hijo mío, cuanto antes desistas de ese disparate, mejor. Esta mañana he quedado con el reverendo Ascot en ir a bautizarme a las cinco, y como es natural, me impondrán el nombre de Ernesto. ¡Susana se empeña! Y ya comprenderás que no nos van a poner a los dos el nombre de

Ernesto. Sería absurdo. Sin contar con que yo estoy en mi perfecto derecho al bautizarme. No hay la menor seguridad de que me haya bautizado nunca. Es más: yo casi tengo la certidumbre de lo contrario; y el reverendo Ascot opina como yo. Tu caso es muy distinto. A ti ya te han bautizado.

ARCHIBALDO

Sí, pero hace muchos años que no me bautizo.

GRESFORD

¿Y qué tiene que ver? El caso es que tú ya estás bautizado; y eso es lo esencial.

ARCHIBALDO

De acuerdo. Por eso sé que mi naturaleza puede soportarlo. Tú, si no estás completamente seguro de haber sido bautizado alguna vez, harías bien en no aventurarte a hacerlo ahora. Sería casi una imprudencia, y podría sentarte mal. No debes olvidar que esta misma semana un pariente tuyo muy cercano ha estado a punto de morirse de una pulmonía fulminante en París.

GRESFORD

Sí; pero tú mismo me dijiste que las pulmonías fulminantes no son hereditarias.

ARCHIBALDO

No lo eran antes. Pero ahora me atrevo a asegurar que lo son. La ciencia progresa de un modo maravilloso.

GRESFORD

(Cogiendo el plato de los pastelillos.)

¡Otro disparate! ¡No dices más que disparates!

ARCHIBALDO

¿Otra vez los pastelillos? Ten la bondad de dejarlos en paz. No quedan más que dos. *(Se apodera de ellos.)* Ya te dije que estaban riquísimos y que los pastelillos de crema son mi flaco.

GRESFORD

¡Sí; pero a mí no me gusta el cake!

ARCHIBALDO

Pues entonces, ¿por qué demonios permites que sirvan cake a tus invitados? ¡Qué idea tan singular de la hospitalidad!

GRESFORD

¡Archibaldo! Ya te he dicho que te vayas. No quiero que estés aquí un minuto más. ¿Cuándo acabarás de irte?

ARCHIBALDO

¡Pero si aún no he acabado de tomar el te! Además, todavía quedan dos pastelillos.

(Juan se deja caer, gimiendo, en un sillón. Archibaldo continúa comiendo.)

TELON

ACTO TERCERO

Gabinete en la casa de campo de Gresford. Susana y Cecilia junto a la ventana, mirando hacia el jardín.

SUSANA

El hecho de no habernos seguido inmediatamente, como hubiese hecho cualquiera, prueba que todavía les queda cierto sentido del pudor.

CECILIA

Han estado tomando el te. Eso ya parece un síntoma de arrepentimiento.

SUSANA

(Después de un momento de silencio.)

Parece como si no se acordasen ya de nosotras. ¿No podría usted toser un poco?

CECILIA

¡Pero si no estoy acatarrada!

SUSANA

¡Nos miran! ¡Habráse visto desvergüenza!

CECILIA

Vienen hacia aquí. ¡Qué atrevimiento!

SUSANA

Guardemos un silencio lleno de dignidad.

CECILIA

Naturalmente. Es lo mejor que podemos hacer.

(Entra Gresford, seguido de Archibaldo. Ambos vienen tarareando un aire de opereta.)

SUSANA

Este silencio lleno de dignidad no parece surtir un buen efecto.

CECILIA

Pésimo.

SUSANA

Pero no seremos las primeras en hablar.

CECILIA

Claro que no.

SUSANA

Míster Gresford, tengo algo que preguntarle a usted. De lo que usted me conteste dependen muchas cosas.

CECILIA

¡Qué inteligente es usted, Susana! Míster Moncrieff, tenga usted la bondad de contestarme a una pregunta. ¿Por qué causa quiso usted hacerse pasar por hermano de mi tutor?

ARCHIBALDO

Pues por tener ocasión de conocerla a usted.

CECILIA. *(A Susana.)*

La explicación parece satisfactoria, ¿verdad?

SUSANA

Sí, querida; si puede usted darle crédito.

CECILIA

¡Qué he de darle! Pero eso no disminuye lo admirable de su respuesta.

SUSANA

Cierto. En cuestiones de esta importancia, el estilo y no la sinceridad es lo esencial. Míster Gresford, ¿qué explicación puede usted darme de la existencia de ese supuesto hermano? ¿Lo inventó usted acaso por tener ocasión de venir a verme a Londres con más frecuencia?

GRESFORD

¿Puede usted dudarlo, Susana?

SUSANA

¡Hum! Tengo mis dudas. Pero espero disiparlas. No es este momento para escepticismos. *(Dirigiéndose hacia Cecilia.)* Sus explicaciones parecen realmente satisfactorias, sobre todo la de míster Gresford, ¿verdad, Cecilia?

CECILIA

Yo me siento más que satisfecha con lo que dijo míster Moncrieff. ¡Sólo su voz inspira ya una confianza absoluta!

SUSANA

Entonces, ¿cree usted que debemos perdonarles?

CECILIA

Sí; no veo inconveniente.

SUSANA

¿De veras? Yo ya he perdonado. Claro que hay que participárselo con mucho tacto. ¿Cuál de las dos le parece a usted que lleve la voz cantante? La comisión tiene poco de agradable.

CECILIA

¿No podríamos hablar las dos a la vez?



SUSANA

¡Excelente idea! Yo casi siempre hablo al mismo tiempo que los demás. Bueno; yo daré la entrada.

CECILIA

¡Muy bien!

(Susana lleva el compás con el dedo.)

SUSANA Y CECILIA. *(Hablando a una.)*

Los nombres de pila de ustedes continúan siendo una barrera infranqueable. ¡Eso es todo!

GRESFORD Y ARCHIBALDO. *(Hablando a una.)*

¿Nuestros nombres de pila? ¡Pero si nos van a bautizar esta tarde!

SUSANA. *(A Gresford.)*

¿Y va usted a hacer por mí esa cosa terrible?

GRESFORD

Voy.

CECILIA. *(A Archibaldo.)*

Para complacerme, ¿está usted decidido a sufrir tan tremenda prueba?

ARCHIBALDO

Estoy.



SUSANA

Ahora comprendo lo absurdo que es hablar de la igualdad de los sexos. Tratándose de sacrificios, los hombres nos son infinitamente superiores.

GRESFORD

Lo somos.

(Archibaldo y él se dan un apretón de manos.)

CECILIA

Tienen momentos de valor físico que nosotras, las mujeres, desconocemos.

SUSANA. *(A Gresford.)*

¡Amor mío!

ARCHIBALDO. *(A Cecilia.)*

¡Amor mío!

(Caen unos en brazos de otros. Entra Anselmo. Al entrar y ver la situación, tose fuerte.)

ANSELMO

¡Jem! ¡Jem! ¡Lady Bracknell!

GRESFORD

¡Santo cielo!

(Entra lady Bracknell. Sepáranse asustadas las parejas. Sale Anselmo.)

LADY BRACKNELL

¡Susana! ¿Qué significa esto?

SUSANA

Pues, simplemente, que míster Gresford y yo nos hemos dado palabra de casamiento, mamá.

LADY BRACKNELL

Ven aquí. Siéntate. ¡Siéntate inmediatamente! *(Volviéndose hacia Gresford.)* Caballero; en cuanto supe la fuga súbita de mi hija por su doncella de confianza, cuya confianza compré con un puñado de calderilla, me lancé en su persecución, y no vacilé en tomar un tren de mercancías. Su pobre padre no sabe nada, afortunadamente; y me propongo no sacarle de su ignorancia. Realmente, yo nunca le he sacado de ninguna de sus ignorancias; y no hay motivo ahora para hacer una excepción. Pero no creo necesario decirle a usted que estoy decidida, absolutamente decidida, a que desde este momento quede cortada toda relación entre usted y mi hija.

GRESFORD

¡He dado palabra de casamiento a Susana, lady Bracknell!

LADY BRACKNELL

¡Como si no la hubiera usted dado! Ahora, por lo que respecta a Archibaldo... ¡Archibaldo!

ARCHIBALDO

¿Qué, tía Augusta?

LADY BRACKNELL

¿Puedo preguntarte si es aquí donde vive tu desdichado amigo míster Bunbury?

ARCHIBALDO. *(Tartamudeando.)*

¡Oh! ¡No! Bunbury no vive aquí. ¡Qué ha de vivir! En realidad, Bunbury ha muerto.

LADY BRACKNELL

¿Muerto? ¿Y cuándo murió míster Bunbury? Su muerte debió ser extraordinariamente repentina.

ARCHIBALDO. *(Distraídamente.)*

¡Oh, le maté esta misma tarde! Es decir, se murió esta misma tarde. ¡Pobre Bunbury!

LADY BRACKNEL

¿Y de qué murió?

ARCHIBALDO

¿Bunbury? ¡Oh, reventó!

LADY BRACKNELL

¿Reventó? ¿Es que ha sido víctima de algún atentado revolucionario? No sabía que míster

Bunbury se ocupase de cuestiones sociales. En ese caso, bien castigado está.

ARCHIBALDO

Querida tía Augusta, lo que quise decir es que le desenmascararon. Los médicos dictaminaron que Bunbury no podía vivir..., y Bunbury se murió.

LADY BRACKNELL

Me parece que ha pecado de exceso de confianza en la opinión de los médicos. Pero, en fin, menos mal que tuvo un rasgo de firmeza y se decidió a acabar con todas aquellas indecisiones, siguiendo una orden facultativa. Bueno, y ahora que ya estamos libres de ese míster Bunbury, ¿quiere usted decirme, míster Gresford, quién es esa personita cuya mano conserva entre las suyas mi sobrino Archibaldo, a mi juicio innecesariamente?

GRESFORD

Esta señorita es miss Cecilia Morris, mi pupila.

(Lady Bracknell le hace una inclinación de cabeza bastante fría.)

ARCHIBALDO

He dado palabra de casamiento a Cecilia, tía Augusta.

LADY BRACKNELL

¿Cómo has dicho?

CECILIA

Míster Moncrieff y yo nos hemos dado palabra de casamiento, lady Bracknell.

LADY BRACKNELL

(Se estremece, y dirigiéndose hacia el sofá, se sienta en él.)

No sé qué tiene el aire de esta comarca; pero me parece que el número de las palabras de casamiento excede del que señalan las estadísticas. Sin embargo, no estará de más un pequeño interrogatorio. ¿Quiere usted suministrarme algunos datos sobre esta señorita, míster Gresford?

GRESFORD. *(Con voz clara y fría.)*

Miss Morris es nieta del difunto míster Thomas Morris, domiciliado en Londres, plaza de Belgrave, 149, propietario y rentista.

LADY BRACKNELL

¡Ah! ¿Sí? ¿Y qué más?

GRESFORD. *(Ya con cierta irritación.)*

Y tengo en mi poder, a la disposición de usted, sus certificados de nacimiento, bautizo, tos feri-

na, inscripción en el registro civil, vacuna, confirmación y escarlatina.

LADY BRACKNELL

¡Ah! Una vida muy accidentada, según veo. Demasiado para una muchacha tan joven. Yo no soy partidaria de las experiencias prematuras. *(Se levanta y mira la hora de su reloj.)* Susana, se acerca la hora del tren. No podemos perder un minuto. Y aunque sea pura fórmula, míster Gresford, ¿puede usted decirme si miss Morris tiene alguna fortuna?

GRESFORD

¡Oh, unas ciento treinta mil libras esterlinas en papel del Estado! Nada más. Buenas tardes, lady Bracknell. Encantado de haberla visto.

LADY BRACKNELL. *(Sentándose de nuevo.)*

Un momento, míster Gresford. ¡Ciento treinta mil libras! ¡Y en papel del Estado! Ahora que la veo mejor, miss Morris me parece una muchacha muy interesante. Pocas son hoy las muchachas que tienen cualidades realmente sólidas, de esas cualidades que duran y hasta se mejoran con el tiempo. ¡Ay!, vivimos en una época en que todo es superficial. *(A Cecilia.)* ¡Acérquese usted, querida! *(Cecilia se acerca.)* ¡Preciosa! Pero se viste usted con una sencillez deplorable, y su pelo

parece tal como lo dejó la naturaleza. Claro que esto es "peccata minuta", y puede arreglarse pronto. Una buena doncella francesa hace milagros en poquísimo tiempo. Me acuerdo de haber recomendado una a lady Lancing, tan extraordinaria, que al cabo de tres meses ni su mismo marido la conocía.

GRESFORD

Y a los seis no la conocía nadie.

LADY BRACKNELL

(Lanza una mirada colérica a Gresford. Luego se inclina, con una sonrisa bien estudiada, hacia Cecilia.)

Tenga usted la bondad de volverse, hija mía. *(Cecilia da una vuelta completa, hasta quedar de espaldas a ella.)* No, no; de lado nada más. *(Cecilia da media vuelta.)* Perfectamente; es lo que yo esperaba. Hay muchas posibilidades mundanas en el perfil de usted. Los dos puntos flacos de nuestra época son su falta de principios y su falta de perfil. La barbilla un poco más alta, querida. La distinción depende en gran parte de la manera de llevar la barbilla. Hoy día se llevan muy altas. ¡Archibaldo!

ARCHIBALDO

¿Qué, tía Augusta?

LADY BRACKNELL

Hay muchas posibilidades mundanas en el perfil de miss Morris.

ARCHIBALDO

Cecilia es la muchacha más buena y más bonita del mundo entero, y esas posibilidades mundanas me importan un bledo, tía Augusta.

LADY BRACKNELL

¡Ay!, no vayas a hablar mal ahora de la sociedad, Archibaldo. Eso no lo hace más que la gente que no tiene acceso a ella. *(A Cecilia.)* Supongo, hija mía, que sabrá usted que Archibaldo no cuenta más que con sus deudas. Pero yo no apruebo los matrimonios por interés. Cuando me casé con lord Bracknell, yo no llevaba un céntimo. Pero ni por un instante se me ocurrió que esto pudiera ser un obstáculo. Bueno; en vista de todo ello, me parece que debo dar mi consentimiento.

ARCHIBALDO

Gracias, tía Augusta.

LADY BRACKNELL

Cecilia, puede usted darme un beso.

CECILIA. *(Besando a lady Bracknell.)*

Gracias, lady Bracknell.

LADY BRACKNELL

Puede usted también llamarme tía Augusta de aquí en adelante.

CECILIA

Gracias, tía Augusta.

LADY BRACKNELL

La boda, opino que cuanto antes se celebre, mejor.

ARCHIBALDO

Gracias, tía Augusta.

CECILIA

Gracias, tía Augusta.

LADY BRACKNELL

Hablando con franqueza: yo no soy partidaria de las relaciones largas. Dan ocasión a que los novios se conozcan demasiado bien antes de casarse, cosa que nunca es prudente.

GRESFORD

Usted dispense que la interrumpa, lady Bracknell; pero no hay por qué hablar de casamiento. Yo soy el tutor de miss Morris, y ésta no puede casarse sin mi consentimiento hasta su mayor edad. Y ese consentimiento me niego terminantemente a darlo.

LADY BRACKNELL

¿Y por qué causa, si puede saberse? Archibaldo es un partido extremadamente aceptable. No tiene nada, pero aparenta mucho. ¿Qué más puede desearse?

GRESFORD

Siento mucho tener que hablarle a usted francamente de su sobrino, lady Bracknell; pero el caso es que no me agrada lo más mínimo su manera de ser. Tengo sospechas muy fundadas de que es un impostor. *(Archibaldo y Cecilia le miran con indignación y asombro.)*

LADY BRACKNELL

¿Impostor? ¿Mi sobrino Archibaldo? ¡Imposible! ¡Si es un alumno de Oxford!

GRESFORD

Temo que no haya lugar a dudas respecto a ello. Esta tarde, aprovechando mi estancia temporal en Londres, donde me reclamaba un importante asunto sentimental, logró introducirse en esta casa fingiendo ser mi hermano. Usando un nombre supuesto, se bebió, como acaba de comunicarme mi mayordomo, una botella de mi "Chateau-Laffitte" del 89; un vino que yo reservaba especialmente para mí. Luego, por si fuera poco, consiguió en su *raid* de esta tarde enajenarme el afecto de mi única pupila. Y no contento con esto,

se quedó a tomar el te, y devoró todos los pastelillos de crema. Y, lo que hace su conducta todavía más odiosa, es que él sabía perfectamente, desde un comienzo, que yo no tengo ningún hermano, ni lo he tenido nunca, ni pienso tenerlo. Ayer mismo, por la tarde, tuve el gusto de declarárselo así.

LADY BRACKNELL

¡Jem!... Bueno, míster Gresford; pensándolo bien, he decidido no tomar en cuenta la conducta de mi sobrino con usted.

GRESFORD

Es usted muy generosa, lady Bracknell; pero mi decisión también es irrevocable. Me niego a dar el consentimiento.

LADY BRACKNELL. *(A Cecilia.)*

Venga usted aquí, hija mía. *(Cecilia se aproxima.)* ¿Qué edad tiene usted?

CECILIA

En realidad, tengo diez y ocho años; pero cuando voy a alguna reunión declaro veinte.

LADY BRACKNELL

Hace usted muy bien en hacer esa pequeña alteración. Por otra parte, una mujer no debe de-

cir nunca exactamente su edad. Eso da siempre un aire de mujer calculadora... *(Como reflexionando para sí.)* Diez y ocho... pero declarando veinte en las reuniones... Bueno; no falta mucho para que llegue usted a la mayor edad y se vea libre de las trabas de la tutela. De manera que, al fin y al cabo, el consentimiento de su tutor no es de importancia capital.

GRESFORD

Usted me dispensará, lady Bracknell, si la interrumpo otra vez; pero me creo en la obligación de prevenirle que, con arreglo al testamento de su abuelo, miss Morris no será mayor de edad, legalmente, hasta los treinta y cinco.

LADY BRACKNELL

Tampoco me parece una grave objeción. Treinta y cinco años es una edad muy atractiva. La buena sociedad londinense está llena de señoras distinguidísimas que, por su propia voluntad, se han quedado en los treinta y cinco. Lady Dumbleton, por ejemplo, que yo sepa, tiene treinta y cinco desde que llegó a los cuarenta, hace ya bastantes años. No veo razón alguna para que Cecilia no esté todavía más atractiva que ahora, si cabe, a la edad que usted dice. Y las rentas, mientras tanto, habrán ido capitalizándose.

CECILIA

Archibaldo, ¿podría usted esperarme hasta que cumpliese los treinta y cinco?

ARCHIBALDO

¡Claro que sí, Cecilia! Bien lo sabe usted.

CECILIA

Sí, lo presentía. Pero a mí no me sería posible esperar tanto tiempo. Me molesta muchísimo esperar, aunque sólo sea cinco minutos. No sabe usted del mal humor que me pone; no es que yo sea muy puntual; pero me gusta la puntualidad en los demás. Conque, tratándose de casamiento, figúrese usted.

ARCHIBALDO

¿Qué hacemos entonces, Cecilia?

CECILIA

No sé. Usted verá, míster Moncrieff.

LADY BRACKNELL

Mi querido míster Gresford: como miss Morris declara que no le sería posible esperar hasta los treinta y cinco, declaración que, entre paréntesis, diré que me parece mostrar un carácter bastante impaciente, le ruego a usted que vuelva sobre su decisión y la revoque.

GRESFORD

Mi querida lady Braknell: de usted depende todo. En el momento en que usted consienta en mi boda con Susana, yo tendré mucho gusto en que su sobrino contraiga alianza con mi pupila.

LADY BRACKNELL

(Levantándose y disponiéndose a partir.) Ya comprenderá usted que su proposición es completamente inadmisible.

GRESFORD

¡Entonces, un celibato apasionado es a lo más que podemos aspirar los cuatro!

LADY BRACKNELL

No es ése el destino que yo espero para Susana. En cuanto a Archibaldo, allá él. Que haga lo que mejor le parezca. *(Saca el reloj.)* Vamos, querida. Ya hemos perdido lo menos cinco trenes. *(Entra el reverendo Ascot.)*

ASCOT

Todo está ya dispuesto para los bautizos.

LADY BRACKNELL

¿Para los bautizos? ¿No será algo prematuro?

ASCOT

Estos caballeros han expresado su deseo de ser bautizados inmediatamente.

LADY BRACKNELL

¿A su edad? La ocurrencia no puede ser más grotesca ni más impía. ¡Archibaldo, te prohibo terminantemente que te bautices! ¡Que no vuelva yo a oír hablar de semejantes excesos! Lord Bracknell tendría un disgusto si llegase a enterarse de cómo pierdes el tiempo y el dinero.

ASCOT

¿Eso quiere decir que ya no hay bautizos esta tarde?

GRESFORD

No creo que, tal como están las cosas, nos sirvan de mucho, mi reverendo.

ASCOT

Me sorprende oírle decir a usted eso, míster Gresford. ¿Irá usted a caer ahora en el error de los anabaptistas? ¡Tenga usted mucho cuidado con esos heréticos! Si usted quiere, le prestaré cuatro de mis sermones inéditos en que refuto sus doctrinas y las reduzco a la nada. Por lo pronto, y en vista de que el espíritu de ustedes parece poco atento a la salud del alma, me volveré a la iglesia. Precisamente acaba de decirme un acóli-

to que hace hora y media que está aguardándome miss Prism en la sacristía.

LADY BRACKNELL

¿Miss Prism? ¿Ha dicho usted miss Prism?

ASCOT

Sí, señora. En su busca voy.

LADY BRACKNELL

Permítame usted que le detenga un instante. Se trata de una cuestión que puede ser de la mayor importancia para mí y para lord Bracknell. Esa miss Prism, ¿no es una mujer de aspecto repelente, vagamente relacionada con la enseñanza?

ASCOT. *(Con indignación contenida.)*

Miss Prism es una dama cultísima y la imagen misma de la respetabilidad.

LADY BRACKNELL

¡Sí, sí, la misma, no me cabe duda! ¿Y podría usted decirme qué... situación ocupa en casa de usted?

ASCOT. *(Severamente.)*

¡Señora, soy soltero!

GRESFORD. *(Interviniendo.)*

Miss Prism, lady Bracknell, es, desde hace tres años, la institutriz y compañera de miss Morris.

LADY BRACKNELL

Bueno, a pesar de todo, es preciso que yo la vea. Envíela usted a buscar en seguida.

ASCOT. *(Mirando por la ventana.)*

Justamente, aquí viene. *(Entra miss Prism apresuradamente.)*

MISS PRISM

Me dijeron que me esperaba usted en la sacristía, mi querido reverendo, y allí he estado aguardándole una hora y tres cuartos.

(En este momento echa de ver a lady Bracknell, que clava en ella una mirada fría como el mármol. Miss Prism palidece y está a punto de desmayarse. Mira en torno suyo anhelosamente, como buscando salida.)

LADY BRACKNELL

(Con voz severa y judicial.)

¡Prism! *(Miss Prism baja la cabeza anonadada.)* ¡Venga usted aquí, Prism! *(Miss Prism se acerca humildemente.)* ¡Prism! ¿Dónde está el niño? *(Consternación general. El reverendo Ascot*

da un paso atrás, estremecido de horror. Archibaldo y Gresford aparentan querer impedir que Cecilia y Susana oigan los detalles de algún terrible y escandaloso suceso.) Hace veintiocho años, Prism, que salió usted de casa de lord Bracknell, calle de Grosvenor, núm. 104, al cuidado de un cochecito de mano que contenía un niño. ¡Salió usted, y no volvió a aparecer! Pocas semanas más tarde, después de muchas indagaciones y pesquisas de la policía, se descubrió el cochecito, abandonado en un rincón desierto de los alrededores, y conteniendo el manuscrito de una novela, en tres tomos, de un sentimentalismo más que repugnante. *(Miss Prism se estremece con una voluntaria indignación.)* Pero del niño, ¡ni rastros! *(Todos fijan la vista en miss Prism.)* ¡Prism! ¿Dónde está el niño? *(Pausa.)*

MISS PRISM

¡Lady Bracknell, tengo que confesar que no lo sé! ¡Ojalá lo supiera! He aquí los hechos, tal como ocurrieron: la mañana del día que usted dice, día aciago, inscrito con letras de fuego en mi memoria, me dispuse, como de costumbre, a sacar al niño en su cochecito. Llevaba también conmigo un maletín un poco usado, pero bastante capaz y todavía en buen estado, en el que pensaba guardar el manuscrito de una obra literaria del género novelesco, que había escrito en mis escasas horas de ocio. Pues bien; en un momento

de distracción mental, que nunca podré perdonarme, puse el manuscrito en el coche y guardé al niño en el maletín.

GRESFORD

(Que la ha escuchado con mucha atención.)

Pero, ¿dónde dejó usted la maleta?

MISS PRISM

¡Ay, no me lo pregunte usted, míster Gresford!

GRESFORD

Miss Prism, se trata de una cuestión de suma importancia para mí. Insisto en saber dónde dejó usted la maleta que contenía al niño.

MISS PRISM

La dejé en el guardarropa de una de las estaciones de Londres.

GRESFORD

¿Qué estación? ¡Pronto!

MISS PRISM. *(Aniquilada.)*

En la estación Victoria, línea de Brighton. *(Cae desplomada en una silla.)*

GRESFORD

Ustedes me permitirán que me ausente un momento. Tengo que subir a mi cuarto. Espéreme usted aquí, Susana.

SUSANA

Si no tarda usted mucho, le esperaré aquí toda la vida. *(Sale Gresford muy agitado.)*

ASCOT

¿Qué piensa usted de todo esto, lady Bracknell?

LADY BRACKNELL

No me atrevo a sospecharlo, mi reverendo. Creo inútil decir a usted que en las grandes familias no se admite la posibilidad de coincidencias extrañas.

(Se oyen ruidos encima, como de baúles removidos violentamente. Todos miran hacia el techo.)

CECILIA

¡Qué agitado parece el tío Juan!

ASCOT

Su tutor tiene un temperamento muy impresionable.

LADY BRACKNELL

¡Qué ruido tan desagradable! ¡Si irá a encontrar algún argumento! ¡Detesto todos los argumentos! Son siempre vulgares, y a menudo convincentes.

ASCOT. *(Mirando hacia arriba.)*

Ya ha cesado. *(Renuévase, más fuerte, el ruido.)*

LADY BRACKNELL

Si es que ha de llegar a alguna conclusión, cuanto antes mejor.

SUSANA

¡Esta incertidumbre es espantosa! ¡Espero que se prolongará! *(Entra Gresford con un maletín de cuero negro en la mano.)*

GRESFORD

(Precipitándose hacia miss Prism.)

¿Es éste el maletín, miss Prism? Examínelo usted cuidadosamente antes de hablar. La felicidad de más de una vida depende de su respuesta.

MISS PRISM. *(Sosegadamente.)*

Sí, parece el mío. Sí, aquí está el arañazo que sufrió en uno de mis viajes. Y aquí la quemadura que le produjo la explosión de un termo. Y aquí, en la cerradura, mis iniciales. Sí, no cabe duda que es mi maletín. Y me alegro mucho de recuperarlo de un modo tan inesperado. Lo he echado mucho de menos todos estos años.

GRESFORD. *(En tono patético.)*

¡Miss Prism, algo más que este maletín recupera usted! ¡Yo soy el niño que guardó usted dentro!

MISS PRISM. *(Estupefacta.)*

¿Usted?



GRESFORD. *(Abrazándola.)*

¡Sí..., madre!

MISS PRISM

(Retrocediendo indignada y sorprendida.)

¡Míster Gresford, soy soltera!

GRESFORD

¿Soltera?... Sí; es un golpe un poco rudo, lo confieso. Pero, después de todo, ¿quién tiene derecho a tirar la piedra al que ha sufrido? ¿No puede acaso el arrepentimiento rescatar un momento de locura? ¿Por qué va a haber una ley para los hombres y otra para las mujeres? ¡Madre, yo la perdono a usted! *(Trata de abrazarla de nuevo.)*

MISS PRISM. *(Todavía más indignada.)*

¡Míster Gresford, padece usted un error! *(Señalando a lady Bracknell.)* Esta señora podrá decirle quién es usted realmente.

GRESFORD

(Después de una pequeña pausa.)

Lady Bracknell, no quisiera parecer curioso; pero ¿querría usted tener la amabilidad de decirme quién soy?

LADY BRACKNELL

No creo que la noticia que voy a darle sea completamente de su agrado. Usted es el hijo de mi

pobre hermana Carolina, casada con míster Moncrieff, y, por tanto, el hermano mayor de Archibaldo.

GRESFORD

¿El hermano mayor de Archibaldo? Entonces resulta que, después de todo, es verdad que tengo un hermano. ¡Ya sabía yo que tenía un hermano! ¡Siempre lo dije! ¿Cómo pudiste tú nunca dudar, Cecilia, de que tuviera un hermano? *(Cogiendo de la mano a Archibaldo.)* Reverendo Ascot, miss Prism, Susana, aquí tienen ustedes a mi desdichado hermano. *(A Archibaldo.)* ¡Y tú, bandido, a ver si me respetas más en lo sucesivo! ¡Nunca te has portado conmigo como un hermano!

ARCHIBALDO

Es verdad, lo confieso. ¡Qué quieres! Yo lo hacía lo mejor que podía; pero me faltaba práctica. *(Le da un abrazo.)*

SUSANA. *(A Gresford.)*

¡Amor mío! Pero, ¿cómo se llama usted? ¿Cuál es su nombre de pila, ahora que no es usted quien era?

GRESFORD

¡Es verdad!... Lo había olvidado. La decisión de usted respecto a mi nombre, ¿continúa siendo irrevocable?

SUSANA

Yo no cambio nunca, como no sea en mis afectos.

CECILIA

¡Qué naturaleza tan noble la de usted, Susana!

GRESFORD

Entonces, hay que poner en claro la cuestión inmediatamente. Un instante, tía Augusta. ¿Recuerda usted el nombre que me pusieron? Diga usted la verdad, sin compasión; estoy dispuesto a todo.

LADY BRACKNELL

Siendo, como era usted, el primer hijo, es de suponer que le pusieran el nombre del padre.

GRESFORD. *(Impaciente.)*

Sí; pero, ¿cuál era el nombre de mi padre?

LADY BRACKNELL. *(Reflexionando.)*

En este momento, por más que hago, no puedo acordarme de cómo se llamaba el general. Pero no cabe duda que se llamaba de algún modo. Aunque era bastante excéntrico. Sí; pero esto fué sólo en sus últimos años, a consecuencia, según parece, del clima de la India, del matrimonio, del estómago y de otras causas por el estilo.

GRESFORD

Archi, ¿recordarías tú cómo se llamaba nuestro padre?

ARCHIBALDO

Hijo, no nos dirigimos nunca la palabra. Se murió antes de cumplir yo un año.

GRESFORD

(Después de reflexionar un momento.)

¡Ah, se me ocurre una idea! Consultar un anuario militar de la época. ¿No le parece a usted, tía Augusta?

LADY BRACKNELL

El general era un hombre esencialmente de paz, excepto en su vida doméstica; pero sí, seguramente se encontrará su nombre en algún anuario militar.

GRESFORD

Ahí están los de los últimos cuarenta años. ¡Ah, esos interesantes registros deberían de haber sido mi lectura continua! *(Se precipita hacia la estantería y saca de ella febrilmente unos cuantos volúmenes. Hojeando uno de ellos.)* M... Generales... Mallam, Maxbohm, Magley... ¡Qué nombrecitos!... Markby, Migsby, Mobbs, ¡Moncrieff! Teniente en 1840, capitán, teniente coronel, coronel,

general en 1869; nombres de pila: ¡Ernesto Juan! *(Vuelve a poner el libro en su sitio y habla muy reposadamente.)* ¿No le dije yo a usted que me llamaba Ernesto, Susana? ¡Pues Ernesto me llamo! Ya lo ven ustedes.

LADY BRACKNELL

Sí, ahora recuerdo que el general se llamaba Ernesto. Ya sabía yo que por algo no me gustaba ese nombre.

SUSANA

¡Ernesto! ¡Mi Ernesto! ¡Desde el primer momento comprendí que no podía usted llamarse de otro modo!

GRESFORD

¡Ay Susana, es terrible para un hombre ver de pronto que se ha pasado toda la vida no diciendo más que la pura verdad! ¿Me perdonas?

SUSANA

Te perdono, porque sé que te corregirás.

GRESFORD

¡Amor mío!

ASCOT. *(A miss Prism.)*

¡Leticia! *(La abraza.)*

MISS PRISM. *(Con entusiasmo.)*

¡Federico! ¡Al fin!

ARCHIBALDO

¡Cecilia! *(La abraza.)* ¡Al fin!

GRESFORD

¡Susana! *(La abraza.)* ¡Al fin!

LADY BRACKNELL

Sobrino, me parece que empiezas a dar muestras de poca formalidad.

GRESFORD

Al contrario, tía Augusta; por primera vez en mi vida he comprendido la importancia de ser formal... y de llamarse Ernesto.

FIN DE LA COMEDIA

